Ac. Esp. II - 233

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La búsqueda infinita. Sobre la visión de la gramática en Salvador Fernández Ramírez

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 1 DE JUNIO DE 1997, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON IGNACIO BOSQUE MUÑOZ

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON EMILIO LLEDÓ

MADRID
1997

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

R-49359

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La búsqueda infinita. Sobre la visión de la gramática en Salvador Fernández Ramírez

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 1 DE JUNIO DE 1997, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON IGNACIO BOSQUE MUÑOZ

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON EMILIO LLEDÓ

MADRID
1997

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

Depósito legal: M. 16491-1997
Impreso en: Gráficas Aguirre Campano, S. L.
Daganzo, 15 - 28002 Madrid

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON IGNACIO BOSQUE MUÑOZ

Señores Académicos:

Decía don Francisco de Quevedo que las palabras son como las monedas: a veces, una vale tanto como muchas y, en ocasiones, muchas sumadas no alcanzan lo que una sola. Mi profunda gratitud a la Academia por el gran honor que me hace al llamarme a colaborar en sus tareas no se expresaría mejor sumando muchas palabras que empleando una sola, tan gastada por el uso y la costumbre como llena de valor y de sentimiento: Gracias. Gracias por haber valorado el entusiasmo que siempre he puesto en mi trabajo como si fuera un mérito; por haber interpretado tan generosamente mis ganas de aprender, como si los intentos fueran logros y la ilusión fuera fruto. Junto con mi agradecimiento, manifiesto mi disposición a contribuir en lo que pueda a los proyectos de la Academia para los que se pida mi colaboración. Podrá fallar, y fallará, mi capacidad, pero al menos no será mi ánimo el que desfallezca.

Soy sincero al declarar que no solo agradezco mi nombramiento por el honor mismo que supone. Nunca he sido muy amigo de pompas y ceremonias, y no puedo dejar de sentirme un poco extraño encajado en esta para mí tan inusitada vestimenta. Mi agradecimiento a la Academia es si

cabe mayor porque no hay mejor escuela que aquella en la que los maestros son los compañeros. Mi gratitud es, por tanto, un poco egoísta: frente a todas las incertidumbres de las tareas futuras, yo ya tengo en este preciso momento la plena conciencia de lo mucho que aquí puedo aprender.

El campo en el que trabajo es el de la gramática española, terreno adusto y desabrido para muchos, y simplemente ajeno para la mayoría. No es fácil explicar al que se ocupa de otros menesteres cómo ven la lengua los estudiosos de la gramática. Aquellos entre los que me escuchan que habiten territorios cercanos no necesitarán ninguna explicación. Sin embargo, no creo exagerar al intuir que los gramáticos despiertan en otros un cierto recelo, a veces incluso entre personas que poseen alguna relación profesional con el idioma.

Unos verán al estudioso de la gramática envuelto en normas y preceptos, o quizá con el dedo inquisitorial alzado, como nos imaginamos al padre Mir o a don Rafael María Baralt cuando leemos sus vehementes escritos. Se despertará en ellos la misma sensación de desconfianza que nos asalta cuando nos observa el policía de tráfico, siempre obcecado en convertir en infracciones nuestros movimientos más naturales al volante. Otros mirarán acaso al investigador de la gramática con los ojos condescendientes y resignados con los que se contempla al urdidor de entelequias. Pensarán, con espíritu liberal sin duda, que si en otros campos se tolera a los rizadores de rizos, justo será que les dejemos existir también en el nuestro.

Tanto si prevalece en nuestro ánimo la imagen del dedo inquisitorial del policía, como si nos viene a la cabeza la del elucubrador, será fácil convenir en que ambas tienen un punto en común: en las dos imágenes se ve al gramático

como un buscador de inútiles complejidades. En un caso, porque pareciera que se interpone entre la gente y su forma espontánea de expresarse; en el otro, porque da la impresión de que nos quiere hacer cómplices de su mundo imaginario de conceptos y términos abstrusos, o que pretende hacernos volar sin red en su trapecio de altas y alejadas ideas.

Comoquiera que se mire, el estereotipo de la inútil complejidad es, ciertamente, muy antiguo. Muchos recordarán que, en El Quijote, Cervantes narra los consejos que le da un amigo suyo, tozudamente empeñado en ayudarle a preparar el prólogo. El tal amigo le sugiere que le añada epigramas, elogios y sobre todo citas, muchas citas, preferiblemente en latín. Luego le presenta algunos ejemplos y resume su consejo diciendo "Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy".

Tal vez el ser gramático no fuera "de poca honra y provecho" a comienzos del siglo XVII (si es que se puede dejar aparte la ironía cervantina), pero a finales del siglo XX no es gran cosa. Y el que no lo sea no se debe únicamente a que el interés por el idioma sea en estos tiempos "un valor a la baja", por expresarlo en términos modernos que cualquiera comprenderá. Se debe también a que no siempre hemos sabido transmitir junto con nuestro objeto de estudio la pasión por desentrañar sus misterios; porque no siempre hemos puesto de manifiesto la necesidad de hurgar por debajo de lo que parece evidente. La gramática no puede ser atractiva si la presentamos como una tarea rutinaria que consiste en poner nombres a las palabras y a las oraciones; una tarea parecida a la de clasificar los libros que se reciben en las librerías en lugar de leerlos, o a la de etiquetar los pro-

ductos en los supermercados, en lugar de analizarlos o consumirlos. Tampoco lo será si la mostramos como una más de esas obligaciones, engorrosas pero necesarias, que tenemos más o menos asumidas por el hecho de vivir en comunidad. La gramática empieza a ser atractiva cuando nuestra lengua cotidiana deja de ser objeto de obligación para serlo de reflexión; cuando nuestro objetivo no es regularla, sino entenderla; cuando nos damos cuenta de que nuestra inquietud por el idioma representa una pequeña parcela de la aventura infinita del conocimiento.

Esté alto o esté bajo el trapecio al que me refería hace un momento, sean extraños o sean comunes los conceptos que se manejan en nuestra disciplina, estoy seguro de que muchos que nos ven desde fuera exclamarán para sí: ¡Qué extraños son los gramáticos! Siempre las mismas piezas del rompecabezas, las mismas cartas de la baraja, las mismas fichas del juego. Siempre los mismos pronombres, los mismos adverbios, los sujetos, los complementos, los gerundios y los infinitivos. ¿Cómo podrán encontrar algún tipo de satisfacción en esa retahíla de etiquetas añejas, en esas sempiternas letanías que suenan a cartilla escolar olvidada, más que a reflexión intelectual viva, inquieta y creativa?

La pregunta es tan natural como profunda. Casi todas las preguntas naturales lo son. Mis palabras de hoy no pueden aspirar a contestarla, pero si contribuyeran en algo a apartar de nuestra mente los dos estereotipos de cartón piedra a los que me acabo de referir, me daría por más que satisfecho.

El trabajo gramatical es un guiso que se cuece con varios ingredientes. Hace falta ante todo un marco conceptual, es decir, una teoría. Este punto es muy polémico en nuestra disciplina, aunque -ciertamente- no más que en otras. Los

gramáticos actuales coinciden con los economistas, con los historiadores y con los filósofos en que, como ellos, también se dividen en deterministas e indeterministas. En cada uno de estos grupos existen a su vez subdivisiones sobre el tipo de determinismo o de indeterminismo que se acepta. Tales diferencias, no son, obviamente, accidentales. Tienen su origen en largas y alternantes tradiciones idealistas o positivistas y, naturalmente, se reflejan en el quehacer cotidiano de las escuelas lingüísticas modernas. Sea cual sea su origen, es lo cierto que los desacuerdos conceptuales que más se airean no siempre son los más importantes. Tiene más interés el desacuerdo de fondo que existe entre los lingüistas acerca del grado de precisión o de sistematicidad que debemos esperar de la estructura del idioma. Esta diferencia epistemológica más profunda tiene que ver con la naturaleza de nuestras expectativas y, frente a ella, las desavenencias de terminología y nomenclatura son poco menos que espuma hueca.

Los gramáticos no coinciden en la base formal o funcional de las unidades y las relaciones fundamentales que aceptan, ni en el papel de las variables sociales, históricas, culturales y hasta estéticas que debemos manejar. Estas diferencias, como las que oponen naturaleza y cultura en otras disciplinas, no son nada nuevo entre las ciencias del hombre, pero entre nosotros llaman más la atención porque sobre ellas se articulan muy patentemente los modelos de análisis que conocemos y que tenemos alrededor. Parece haber acuerdo, en cambio, en que la lengua es a la vez un sistema formal, un medio de comunicación, un producto histórico y un medio de expresión artística. Quizá en otros tiempos era posible abordar con igual profundidad todas esas vertientes, pero en el nuestro ya no lo es. Puesto que hay que elegir,

nada tiene de particular que cada escalador escoja la cara de la montaña que más apropiada le parezca.

Algunos pensamos que es posible aislar el esqueleto del sistema gramatical como es posible considerar el armazón de los edificios; esto es, dando más importancia a las vigas que a los tabiques; o como es posible trazar los planos de las ciudades o los mapas de los territorios: resaltando más unos accidentes que otros y dibujando líneas en el papel allá donde el terreno muestra anchos ríos y curvadas carreteras. Pero lo cierto es que tampoco están enteramente de acuerdo los geógrafos en cómo se trazan los mapas, de modo que a nadie debe sorprender que existan desavenencias entre nosotros sobre nuestra particular cartografía. El gramático necesita, en cualquier caso, armarse de una teoría -sea determinista o indeterminista- y asumir, en la medida en que ésta lo permita, los riesgos naturales del trabajo científico, especialmente las refutaciones y las críticas, que resultarán imprescindibles si desea hacer cada vez más consistentes sus propuestas sobre la naturaleza del idioma.

El segundo ingrediente del guiso es la observación atenta. Es imprescindible aprender a observar. Desde luego, no se aprende a observar mirando más tiempo el objeto. Se aprende a observar preguntándose qué cabe esperar de él a partir de lo que sabemos sobre el sistema al que pertenece. Los datos gramaticales son siempre objetos inertes hasta que un día reparamos en algo que nos había pasado inadvertido. Me refiero, pues, al tipo de observación inesperada que provoca en nosotros el asombro o la sorpresa. Si no desarrollamos la capacidad de observación nunca nos sorprenderemos de lo cotidiano. Todo lo que nos rodea nos parecerá lógico, esperable, tan rutinario como otros aspectos de la vida. En

definitiva, caeremos en la poco comprensible actitud del que piensa que no hay nada que explicar en lo que más se repite ni demasiadas razones para reflexionar sobre lo más próximo. Necesitamos, pues, la observación orientada, esa que nos permite hacernos las preguntas fundamentales sobre lo cercano y lo esencial, como las que los niños hacen a sus padres sobre el mundo que les rodea.

El último ingrediente es, en realidad, un condimento, y no todos los cocineros lo recomiendan: no está de más añadir una brizna de distanciamiento, incluso a veces una pizca de escepticismo. Es lo que nos permitirá no solo relativizar los descubrimientos con relación al momento o al instrumental, sino también vincularlos con los que se hacen desde otros puntos de vista o con los que se hicieron hace años usando quizá otras unidades.

Como en cualquier guiso, la proporción de los ingredientes ha de ser la adecuada. Si en lugar de una pizca de distanciamiento echamos un puñado, no creeremos en los razonamientos articulados, ni en las argumentaciones objetivas. Nos parecerá que todos los conceptos nuevos enmascaran ideas antiguas, despreciaremos todas las formalizaciones y pondremos en tela de juicio hasta la progresión de la disciplina. Si sobrevaloramos la acumulación de observaciones, los datos acabarán desbordándonos. En lugar de capturarlos, terminaremos ahogados en ellos y será como intentar pescar en altura sin red ni aparejo. Y si sobreestimamos el marco conceptual, y nos dejamos encandilar demasiado por la belleza formal de las teorías, miraremos los datos con desdén desde allá arriba, y es seguro que nos parecerán menos bellos y más impuros.

Estos son los ingredientes y, como cabe esperar, cada cocinero prepara con ellos una receta distinta. Con todas

estas diferencias, resultará tal vez extraño que algunos todavía creamos en la profunda unidad del trabajo gramatical, que estemos convencidos de que vamos en el mismo barco en que navegaron nuestros mayores y en el que navegan nuestros adversarios de escuela o de método; que creamos, en suma, que la gramática, como la medicina o la astronomía, es una sola cosa.

No voy a emplear esta ocasión única y esta tribuna privilegiada para disertar sobre alguna minucia gramatical. Tampoco voy a exponer una tesis, ni voy a trazar la historia de un fenómeno ni voy a escrutar el lenguaje de un autor. Mi propósito es mucho más modesto. Quisiera tan solo transmitir una sensación. Intentaré mostrar, aunque sea tosca y vagamente, qué mueve el interés de los gramáticos, cómo son sus reacciones ante el lenguaje; cómo relacionan los datos que tienen delante con el sistema gramatical que no está ante sus ojos, pero que aspiran a desentrañar. Como no deseo que mi aproximación se parezca a las que uno espera encontrarse en los manuales o en los ejercicios de las oposiciones, he pensado actuar como recomiendan los cánones clásicos y centrar mi reflexión en un punto de referencia, en un miembro ilustre de esta Academia, uno de los más notables gramáticos que ha dado nuestro país desde Antonio de Nebrija. Me refiero, naturalmente, a Salvador Fernández Ramírez.

No elijo su figura para este acto porque deba elogiar a otro académico, como aconseja la tradición. Al ser nuevo el sillón que ocuparé, no he de ensalzar a su inexistente ocupante anterior ni he de escoger a otro académico en su lugar. Hablaré de Salvador Fernández porque es mucho lo que me ha enseñado sin haberle conocido nunca. Por encima de las escuelas, las corrientes y los sistemas terminológicos y con-

ceptuales están las actitudes; están las preguntas sobre las unidades gramaticales formuladas en el momento adecuado; están las conexiones inesperadas que se vislumbran entre las palabras; está la intuición que abre la puerta al análisis más elaborado; está el afán por profundizar en las relaciones que se dan entre las formas y los significados; está el intento constante de raspar la corteza de lo obvio y ahondar en lo menos patente, pero más cierto. Están, finalmente, el sentido lingüístico y el sentido común, tan unidos y a veces tan distantes. No hay, pues, ceremonia en mis palabras, sino solo agradecimiento y admiración.

Don Salvador fue miembro de esta casa durante veintitrés años. Muchos de ustedes lo trataron en ese largo periodo, o parte de él, de modo que poco sentido tendría que intentara yo hablarles de cómo era su compañero o que les ilustrara sobre las muy notables cualidades personales que ustedes tuvieron ocasión de comprobar tan de cerca. Esas cualidades han sido ya destacadas por muchos, entre otros por Rafael Lapesa, Emilio Lorenzo, Manuel Seco y José Polo. A este último se debe además el arranque de un largo proceso, todavía no acabado, que ojalá sirva para recuperar su obra y su memoria. Mi relación con ambas es quizá menos historiográfica, más personal, y desde luego más difícil de explicar. De eso trata, en parte, mi discurso ante ustedes.

No deseo, pues, trazar una biografía ni esbozar una semblanza, y mucho menos reunir un anecdotario. Solo conozco al que fue su compañero a través de sus escritos, algunos de los cuales he publicado; de sus notas, algunas de las cuales he ordenado, y de su espléndido archivo gramatical, en el que he trabajado durante algún tiempo y en cuyo proceso de edición participo activamente. Ustedes tienen el

recuerdo del trato frecuente; yo solo manuscritos, papeletas y testimonios indirectos. Me limitaré, por tanto, a tomar prestadas estas palabras de don Rafael Lapesa, que le conoció bien, y que revelan en su justa medida la talla de su compañero:

> "Tímido y comedido, no prodigaba confidencias ni ostentaba su mucho saber. No le conocí murmuraciones: sí, generosidad en el elogio. No era adusto: gustaba de la conversación y celebraba con risa homérica las ingeniosidades y anécdotas con que la sazonaban sus interlocutores. Su bondad le hacía confiar demasiado en la ajena, y su desinterés por el provecho material lo mantuvo libre de ambiciones que no fueran la de perfeccionar cuanto escribía. Alma de niño grande, estaba desarmado para luchar contra la picaresca y prefirió el apartamiento a contaminarse en la brega. No codició honores de relumbrón ni se pavoneó en las ferias de la vanidad. No pretendió ser hombre famoso; fue en cambio "hombre esencial", como decían los humanistas de nuestro siglo XV, o "sustancial", como decía Gracián"[1].

Pasemos pues a la obra, que en este caso son las palabras. La *Gramática Española* de Salvador Fernández[2] no es la única obra a la vez magistral y casi desconocida que ha

---

1. R. Lapesa, *Salvador Fernández Ramírez, BRAE,* LXIII, 1983, págs. 15-28; la cita pertenece a las páginas 15-16.

2. S. Fernández Ramírez, *Gramática española,* Madrid, Revista de Occidente, 1951. En adelante, citaré por la segunda edición (Madrid, Arco-Libros), ya que contiene toda la información de la primera más una serie de textos nuevos, inéditos o reconstruidos, junto con múltiples testimonios y referencias que resultan de gran interés para entender la obra. El vol. 1 (*Prolegómenos,* 1985), el 2 (*Los sonidos,* 1986), el 3.1. (*El nombre,* 1986) y el 3.2. (*El pronombre,* 1987) fueron preparados por J. Polo. El 4 (*El verbo y la oración,* 1986) lo fue por mí mismo, y el 5 (*Bibliografía, nómina literaria e índices*) por B. Palomo.

dado nuestro país. Lamentablemente, la historia del pensamiento español abunda en ellas. Esta gramática, casi ignorada en las aulas durante muchos años, y hasta en los pupitres de los autores de trabajos gramaticales, fue recibida por la crítica internacional como una obra maestra desde el momento de su publicación en 1951. Rafael Lapesa la ha calificado como "la aportación más valiosa y renovadora hecha a nuestra lengua desde los días de Andrés Bello" (*op. cit.*, pág. 20). Dwight Bolinger la consideró "la mejor que ha aparecido hasta ahora en su campo", además de "un oasis en el desierto de las gramáticas españolas, todas prescriptivas en el planteamiento o en el tono" (*Gramática,* vol. 1, págs. 70 y 311)[3]. Manfred Sandmann dijo de ella que era un "trabajo paradigmático para su generación" (vol. 1, pág. 93), Manuel Seco consideró su publicación como "un suceso transcendental en la historia de nuestra gramática" (vol. 1, pág. 123), y el resto de los elogios, que omito, no vuelan más bajo.

No quiero yo decir que tales contrastes entre la recepción de la crítica y la poca fortuna en la difusión sean exclusivos de esta obra en la historia de nuestro pensamiento, pero me atrevo a decir que sí lo son en la de nuestra filología. Las razones por las que solo llegó a ver la luz uno de los cuatro densos volúmenes previstos son complejas e intrincadas. Diré únicamente que su autor no pudo conseguir ayuda económica pública ni privada que le permitiera llevar la obra

---

3. Las reseñas que tuvo la obra aparecen ahora reunidas por J. Polo en el vol. 1 de la segunda edición, con la excepción de la de R. Fridholm, publicada en *Moderna Sprak,* XLVII, 1953, págs. 317-319, que el profesor Polo ha reproducido en *Analecta Malacitana,* XVII, 1, 1994, págs. 175-178. En lo sucesivo, citaré las reseñas por la versión publicada en el volumen 1 de la segunda edición.

adelante[4]. No es momento de hablar de las instituciones, ni de las personas, ni de la dureza del trabajo y de la vida en una época difícil de la historia de España. Prefiero hablar de la obra misma y de la pasión de su autor por el idioma; de su talento para analizarlo y de su agudeza para descubrir sus secretos. Ojalá se nos contagie algo de su abnegación y de su sabiduría.

La obra que don Salvador previó tendría cuatro volúmenes, pero solo se publicó uno, que abarca los sonidos, el nombre y el pronombre. El segundo tomo iba a tratar del verbo, sus clases y complementos, el tiempo, la persona, el aspecto, el modo y las formas nominales. El tercero abarcaría las partículas y el cuarto y último trataría de la oración y sus clases, así como de la coordinación y la subordinación. Del que iba a ser el vol. 2 tuve ocasión de publicar una parte de los materiales en la segunda edición. Del que iba a ser el tercero tenemos ya los materiales ordenados, que se difundirán en soporte magnético como parte de la publicación de su archivo gramatical, patrocinada por el Instituto Cervantes y el Ministerio de Educación y Cultura[5].

Lo hemos hecho, y seguramente lo haremos, mucho peor de lo que él hubiera deseado. En el prólogo de su gra-

---

4. Hecho que ya destacó Manuel Seco. Véase el vol. 1, pág. 127.

5. El proyecto AGLE (Archivo Gramatical de la Lengua Española) se desarrolla en la sede del Instituto Cervantes, en Alcalá de Henares, y consiste en la ordenación parcial y edición del fichero gramatical de Salvador Fernández con vistas a su difusión en CD-ROM y quizá por otros medios. La edición está a cargo de J. A. Millán, de Mª T. Rivero y de mí mismo. Contamos, además de con la inestimable ayuda del Instituto Cervantes, con cuatro becarios proporcionados por el Ministerio de Educación y Cultura y por la Universidad de Alcalá de Henares.

mática decía don Salvador que el propósito de su obra era contribuir al conocimiento de la lengua española "más que a intereses científicos personales". El propósito de los que trabajamos para sacarla a la luz es, además de este mismo, el no menos importante de hacer un poco de justicia a su figura, a su labor y a su memoria.

La inspiración de esta gran obra está, sin duda, en la gramática inglesa de Otto Jespersen[6], como el mismo autor declaró. La organización de ambas obras es fundamentalmente categorial. El autor danés comenzó su gramática por los sonidos, continuó por la flexión nominal, los sustantivos y adjetivos, los pronombres, los complementos verbales y la sintaxis del verbo, lo que no se aleja demasiado del plan general de la obra que declaró tener previsto nuestro gramático[7]. El juicio más exacto que se puede hacer de la gramática de nuestro autor es sumamente simple: prácticamente todas las cuestiones que se analizan en ella se examinan con más detalle que en ningún tratado anterior que se haya escrito para la lengua española.

Como se ha señalado en numerosas ocasiones, Salvador Fernández refleja en su obra la poderosa influencia de

---

6. O. Jespersen, *A Modern English Grammar on Historical Principles*. La primera edición, en siete volúmenes, se empezó a publicar en 1914. Cito por la segunda, publicada en Londres en cinco volúmenes entre 1928 y 1931 por G. Allen & Unwin Ltd, y en Copenhague por E. Munsgaard. Los volúmenes correspondientes a la sintaxis son el II, el III y el IV.

7. La gramática de Salvador Fernández se diferencia de la de Jespersen, desde el punto de vista de la ordenación de los contenidos, en que en esta última se estudian los complementos verbales antes que el verbo, y también en que el análisis del adverbio y la preposición se distribuye allí entre los capítulos destinados a "los adjuntos" (vol. II, caps. 13 a 15) y los destinados a la predicación (vol. III, cap. 18).

Bühler, que a su vez desarrolló ideas de K. Brugmann en el análisis de la deixis y de la anáfora. En la terminología se percibe cierta influencia de la escuela danesa y en los detalles del análisis es patente la de Jespersen, además, naturalmente, de la de toda la tradición gramatical española, que conocía muy bien[8].

Pero más importantes que las influencias son las aportaciones. Las hay en todos los capítulos. A pesar de que su análisis de los sonidos sigue muy de cerca al de Navarro Tomás, formuló un principio de delimitación silábica para el español que no procede de Navarro, sino que parece paralelo o semejante al que estableció Kuryłowicz. Extendió el análisis de la entonación a aspectos fundamentales de la estructura sintáctica cuya relevancia justifica explícitamente (vol. 3.2, pág, 16). El efecto de estos factores entonativos es patente en su análisis de la posición del adjetivo (vol. 3.1, § 84), de las oraciones de relativo (vol. 3.2, §§ 165 y 166), en particular las que llamaba *fórmulas perifrásticas* (vol. 3.2, § 176.3), así como en el examen de las oraciones interrogativas. El estudio que dedicó a estas oraciones[9] es de consulta imprescindible para los especialistas en la pragmática de la

---

8. Los tratados que más se citan son, además de los ya mencionados, los de Diez y Meyer-Lübke entre los de lingüística románica, los de Bello, Salvá, Lenz, Hanssen, García de Diego, Gili Gaya y Benot entre los de gramática española, además de las obras clásicas de Menéndez Pidal, Keniston, Cuervo, Wiggers, Kany y Rosenblat. Los materiales que ahora se reúnen en el volumen primero de la segunda edición incorporan referencias a algunos autores que conocía bien, además de los citados, pero todavía está por hacer un estudio historiográfico de su posible influencia en la obra de nuestro gramático.

9. "Oraciones interrogativas españolas", *BRAE,* XXXIX, 1959, págs. 243-276. Aparece ahora integrado en la segunda edición, vol. 4, cap. X.

interrogación, puesto que constituye un detenido examen de los factores discursivos que intervienen en la forma y en la interpretación de estos enunciados. La duda, la evocación, la ironía, la réplica, la expectación, la repulsa y otras reacciones emotivas se delimitan en este trabajo con fineza y se asignan a tipos distintos de interrogación. Vale la pena recordar que el uso que se hace allí del concepto *fuerza apelativa* está influido por Bühler, ya que el libro fundamental de Austin sobre este punto es posterior en tres años.

El estudio de los factores pragmáticos que intervienen en la gramática siempre fue fundamental para Salvador Fernández -aunque él no los llamara así- y lo destacó explícitamente en varias ocasiones[10]. Sus aportaciones al estudio del discurso no terminan aquí. Introdujo factores similares en el análisis de las exclamaciones sin verbo y en el de los vocativos (vol. 4, cap. XI), clasificó las *fórmulas perifrásticas de relativo* en cinco grupos discursivos de naturaleza intencional (§ 176) e introdujo otros factores pragmáticos en la interpretación de la posesión inalienable (§ 150). En su análisis de los "campos de sentido" y la determinación en los "entes únicos" anticipa también ideas que otros autores (Coseriu, Hawkins y otros muchos) habrían de proseguir más tarde (vol. 3.2., §§ 145 y siguientes; nota 245).

---

10. "En este análisis he tenido en cuenta no solamente los elementos representativos de las formas, sino sus contenidos expresivos y apelativos" (vol. 3.2, pág. 16). En otro lugar: "En el curso de mis observaciones he reconocido la necesidad de delimitar y analizar con algún rigor de método las diferentes categorías de actos psíquicos, representativos, volitivos y emocionales que se hallan como soporte de determinadas estructuras (...)" (vol. 1, pág. 316).

Nuestro gramático profundizó en el análisis del artículo propuesto por Andrés Bello y analizó detenidamente su relación con los demostrativos y su naturaleza pronominal, cuestión clásica y siempre candente para todos los gramáticos. Diferenció los aspectos fraseológicos de los sintácticos en el estudio de la determinación (vol. 3.2. § 143 y ss.), examinó con detalle la variación en el sistema pronominal, y su análisis de los factores que determinan el leísmo (vol. 3.2, §§ 105 a 110) es ya punto de referencia obligado entre el de Cuervo y el de Lapesa.

Creo que hay un rasgo fundamental de la gramática contemporánea que está claramente presente en la obra de Salvador Fernández. El objetivo del análisis gramatical no es describir de forma aislada las relaciones sintácticas, sino asociar de manera sistemática las formas con los significados. Esa preocupación es más persistente en nuestro gramático que en otros de nuestra tradición, y está próxima a la que notamos en Amado Alonso, aun cuando la producción estrictamente gramatical de este último fuera mucho más reducida. La estrecha relación entre sintaxis y semántica es patente a lo largo de toda la obra de Salvador Fernández. Lo anticipa ya en el prólogo cuando adelanta al lector:

> "he realizado un esfuerzo considerable para buscar las conexiones que existen entre la forma del lenguaje y su aspecto interno" (vol. 1, pág. 302).

Las funciones semánticas modernas (oracionales o nominales) que tanta bibliografía han originado en los últimos años se intuyen claramente en varias partes de la obra, como en el análisis de los posesivos, sean relativos o no (§§ 122 y 168 del vol. 3.2) y en el de otros complementos del nombre (§ 78.3, vol. 3.1 y §§ 149.1 y 154.4, vol.

3.2)[11]. Otras veces hay mucho más que intuiciones en la relación entre las formas y los significados. De hecho, delimitó con sumo cuidado los factores sintácticos y semánticos que determinan la selección de los modos en la subordinación, como puede verse en los materiales nuevos que aparecen en la segunda edición (vol. 4, cap. VI). En este punto se apartó de los análisis de la alternancia modal que le habían precedido y estableció con gran precisión tanto las clases léxicas de predicados que seleccionan cada modo[12] como los factores semánticos y dis-

---

11. Vale la pena mencionar algún ejemplo. Nuestro gramático observa (vol. 3.1, pág. 70) que se construyen con *a* ciertos nombres que indican "sentimiento", como *amor, agradecimiento o miedo,* o "movimiento orientado hacia", como *ascensión,* mientras que son muchos "los nombres verbales que reproducen el régimen inmediato a de su verbo" (como *ataque, amenaza, inclinación*) y "también el régimen mediato o indirecto" (*envío, aportación*). En el mismo apartado estudia Salvador Fernández las clases semánticas a las que pertenecen otros sustantivos que se construyen con un complemento prepositivo "postulado por su propia significación" (vol. 3.1, § 78.7). De hecho, le llama la atención (*ibid.*, pág. 72) que el sustantivo *toalla* se construya con la preposición *para* (como en *toalla para secarse las manos*), lo que es consecuencia de su significado instrumental. Frente a estos sustantivos, se construyen con *de* muchos que "se acumulan sin régimen del nombre", es decir sustantivos que "no se adscriben a una determinada significación del nombre y desempeñan, por consiguiente, una función más general" *(ibid.)*. El análisis no puede estar mejor orientado, incluso si se examina con criterios actuales.

12. En sus palabras, "para la explicación de los modos indicativo y subjuntivo se ha acudido al concepto gramatical de sujeto lógico y sujeto psicológico. Estos dos gemelos explican algunas cosas, pero como no las explican todas, será conveniente acudir a otra parte o abstenerse de más averiguaciones y buscar los patrones formales en que se funda su uso" (*Lengua literaria y norma lingüística,* discurso leído el día 20 de mayo de 1960 en recepción pública, Madrid, 1960; págs. 26-27). Esos "patrones for-

cursivos que determinan la variación en la subordinación relativa y en la adverbial.

Intuyó muchas más cosas: el concepto de genericidad, tanto en los artículos como en los pronombres personales (vol. 3.2, § 198, vol. 4, §§ 7 y 8), la forma en que algunas frases no definidas denotan "tipos" y no "ejemplares" (vol. 3.2, §§ 146 y ss.), la diferencia entre la identidad de sentido y la de referencia (vol. 3.2, pág. 20) o entre identificación y atribución en las oraciones interrogativas (vol. 3.2, § 178). Relacionó el sistema de los demostrativos con el de los personales a través de una visión abarcadora de la deixis (vol. 3.2, § 128 y ss.), y a su vez vinculó la deixis de los demostrativos con la de los tiempos verbales estableciendo formas de concordancia entre unos y otros (*ibid,* § 133). Entrevió también parte de la gramática de los predicados intensionales, a los que llamaba "desiderativos y voluntativos" (vol. 3.2. § 147.3)[13]. Estudió muchos fenómenos de concordancia que no suelen merecer la atención de los gramáticos, tal vez más habituados a destacar las concordancias anómalas que a resaltar las que resultan más naturales, o incluso a percibir la variación en algunos casos límite (véanse sobre este punto los §§ 202.4 y 205.3 del vol. 3.2, así como la nota 636). Su gra-

---

males" pueden examinarse ahora en el cap. VI del vol. 4 de la segunda edición de su *Gramática*. Sin embargo, no debe olvidarse que nuestro gramático usó los conceptos de "sujeto lógico" y "sujeto psicológico" en algunas partes de la obra, como en los §§ 174.1 y 176.2 (vol. 3.2).

13. Parece que intuía también algunos de los contextos modales propios de los cuantificadores indefinidos cuando observaba que aparecen en esquemas sintácticos que denotan "expectativa", "presunciones e inferencias" y, en general, una "manera incierta y problemática de presentar las cosas" (vol. 3.2, § 187).

mática contiene, entre otras muchas aportaciones, el análisis más detallado que pueda encontrarse en ninguna gramática española de la relación entre sustantivos y adjetivos (vol. 3.1, § 66 y ss.), de los factores que determinan la presencia y ausencia de la preposición a en el complemento directo (vol. 4, cap. IV) o de la posición del sujeto (vol. 4, cap. IX).

Su formación en las lenguas clásicas y modernas era excelente, lo que le permitía hacer comparaciones breves pero frecuentes con otros idiomas[14]. Fue investigador del Centro de Estudios Históricos, profesor de latín y griego durante muchos años, traductor del tratado de Kretschmer sobre la lingüística griega y latina, y antes había sido lector de español en Hamburgo y estudiante brillante del Liceo Francés. A pesar de que su gramática era sincrónica, hacía en ella frecuentes consideraciones históricas, que él juzgaba "sobrias" y que siempre resultaron oportunas. Nunca lo hizo por erudición, ni siquiera para ofrecer informaciones complementarias, sino por un convencimiento más íntimo de otro tipo. Justificó este proceder en el prólogo de la gramática con las siguientes palabras:

> "(...) así como en biología existe un principio según el cual la embriogenia produce la filogenia, de modo análogo en el orden lingüístico podríamos decir con mucho fundamento que un sistema reproduce, o más bien incluye en sí mismo, otros sistemas anteriores."

Esta lista parcial de logros suscita, sin duda, en el gramático moderno una pregunta de otro tipo: ¿estamos ante soluciones, ante anticipaciones, ante intuiciones o ante

---

14. Al final de la nota 33 puede verse una relación parcial de apartados en los que realiza estas comparaciones.

direcciones? Me adelanto a responder que estamos ante verdaderas contribuciones. Pero quisiera añadir que no me parece justo enjuiciar las obras gramaticales clásicas con los raseros que usamos para medir las actuales, algo que tampoco se hace en otras áreas de la investigación. En las gramáticas descriptivas tradicionales las unidades no se suelen presentar antes del análisis, sino que el lector las va deduciendo progresivamente de la descripción misma. El autor parece estar siempre más cerca del texto que del sistema gramatical. Es cierto que quiere comprender éste a través de aquel, pero el conjunto del sistema se ve siempre un poco borroso, y los engarces entre sus piezas un tanto difusos. Las piezas mismas se describen con minuciosidad -extraordinaria en el caso de nuestro gramático-, pero el lector moderno que conoce algo de la investigación posterior no puede evitar percibir la atomización de los hechos, la superposición de las particularidades, el infrecuente encadenamiento de las propiedades o su también excepcional deducción de principios más generales. El gramático clásico confía constantemente en el lector y lo hace cómplice de sus reacciones[15], otro rasgo que los raseros actuales han obligado a sustituir por una mayor explicitud y objetividad en las formulaciones mismas. Todas estas características juntas provocan en el observador actual una sensación parecida a la que tenemos cuando contemplamos un magnífico rompecabezas de piezas bien perfiladas y de excelente calidad, pero antes de que haya sido for-

15. Esta complicidad se manifiesta generalmente con buen juicio en nuestro gramático, aunque alguna vez se pueda pensar que la presupone con demasiada generosidad, como cuando distingue entre "la intencionalidad y vehemencia de *quien* y la neutralidad de *el que*" (vol. 3.2, § 173.5).

mado sobre la mesa. A cambio, también es cierto que los análisis más actuales nos producen alguna vez la sensación contraria, y nos hacen pensar en esas preguntas prácticas que suelen hacer los maestros de obra a los arquitectos cuando comprueban que faltan muchos detalles en los planos del edificio.

Y a pesar de todo, tengo la impresión de que al hacer estas distinciones aún me queda algún resabio del mal hábito que hemos heredado de los manuales de lingüística general al agrupar a todos los gramáticos descriptivos en el cajón inferior del armario, frente a los lingüistas no tradicionales, que ocupan progresivamente -y también convenientemente encajonados- los estantes superiores. Las distinciones que habría que hacer aquí son incontables. Por insinuar una sola, la capacidad teórica de don Salvador era, por ejemplo, menor que la de Andrés Bello, pero su agudeza y su intuición eran cuando menos comparables. La mente de Bello era sin duda más sintética porque podía abstraer relaciones y proponer esquemas conceptuales de mayor alcance, como hizo en su famoso análisis de los tiempos verbales. Salvador Fernández poseía una mentalidad más analítica. Era capaz de percibir mejor los pequeños detalles, de distinguir sutiles matices significativos, de dividir y subdividir, y subdividir las subdivisiones. Me parece, en cualquier caso, que su comprensión de la gramática era más profunda que la de algunos autores (como tal vez K. Togeby), que han sido situados por la tradición en el compartimiento superior que la lingüística estructural posee en el mismo armario.

Los anglohablantes llaman *insight* a algo que no es exactamente agudeza ni ingenio ni intuición ni perspicacia, sino más bien -si don Emilio Lorenzo me lo permite- una

mezcla de todo ello en la que destaca sobre todo la capacidad de penetrar en la esencia de las cosas. Creo que esa cualidad, junto con la prudencia al afirmar y la curiosidad por aprender, es la que más claramente define a nuestro gramático. Tal vez se equivocó al tratar de acuñar términos que reflejaran cada uno de estos golpes de perspicacia o de agudeza en la observación (y ciertamente, no acuñó pocos)[16]. Desde luego, no podríamos pretender que hubiera situado cada uno de esos conceptos en el lugar que le corresponde en el edificio de la teoría gramatical, por la sencilla razón de que el edificio apenas existía cuando los propuso. Pero aun así, el investigador que quiera partir de ellos tendrá, en la mayor parte de los casos, un punto de arranque más firme que el que podrá obtener de otras fuentes de esa época.

Considero, en suma, que para examinar las gramáticas tradicionales desde el presente necesitamos otros raseros, otras varas de medir. Me parece que existen dos criterios para entender la importancia de cualquier trabajo lingüístico no contemporáneo. Uno es preguntarse en qué medida reflejaba o ponía de manifiesto la investigación lingüística de su tiempo o introducía en ella rupturas esenciales. El otro es preguntarse qué nos aporta visto desde el presente, es decir, qué ha sobrevivido de él. Son dos formas de abordar las obras antiguas que no tienen por qué coincidir. En la primera cuentan las influencias y los despegues, cuenta el estado de los conocimientos en función de la época. En la segunda cuenta lo que permanece. El que acude a los textos desde la primera actitud busca influencias y justificaciones; el que lo

16. Casi todos figuran en versalita en la segunda edición de su gramática, ya citada.

hace desde la segunda busca inspiración y ayuda. Es posible que un determinado estudio nos resulte útil para analizar cierto problema y que, sin embargo, no sea reflejo de una corriente de pensamiento influyente, o que ni siquiera mencione la bibliografía relevante. Por el contrario, también es posible que muestre a su autor como persona informada en la investigación de su tiempo, sin que su trabajo haya sido capaz de superar el paso de los años. Lo idóneo, desde luego, es que los dos criterios coincidan, como creo que sucede con la obra de Salvador Fernández. Y esto es, me parece, lo que caracteriza a los clásicos: por un lado, su afán por usar nuevos instrumentos y por darnos más de los que nos dieron sus antecesores; por el otro, el hecho indudable de que seguimos bebiendo de ellos cada vez que los visitamos. Y aunque uno no deba pensar en estas cosas, a veces es casi inevitable preguntarse si permanecerá alguna parte del trabajo que ahora hacemos los demás; si quedará algún poso en el vaso o sólo habrá constancia de que agitábamos la cucharilla. Es posible que la velocidad de la investigación deje muy poco de nuestros actuales afanes, pero creo que eso no debiera importarnos si estos muestran al menos que mantuvimos viva la ilusión por aprender.

Las gramáticas se parecen a las personas en que también ellas se agrupan en periodos generacionales. La gramática de Salvador Fernández pertenece a una generación de gramáticas europeas que vienen a coincidir, a pesar de las notables diferencias que las separan, en que caracterizan las variedades de la lengua escrita de sus respectivos idiomas a través de millares de testimonios de diversos autores. Es lo que muestra la gramática de Jespersen para el inglés, las de Grevisse, Togeby, Damouret-

BIBLIOTECA - REAL ACADEMIA ESPAÑOLA -

te y Pichon para el francés o Behaghel para el alemán, entre otras muchas[17].

En un sentido muy amplio, y sin hacer ahora distinciones, esa generación de gramáticas es heredera del antiguo concepto de *gramática de autoridades:* la gramática considerada como el estudio y la imitación del uso lingüístico no solo de los escritores, sino en general de los "doctos varones", como decía Nebrija, o de los "discretos cortesanos", como prefería Cervantes. Sin embargo, hoy sabemos bien que hay bastante que aclarar en el concepto de "imitación del uso lingüístico", y que también pueden ser relativos los de "docto varón" y "discreto cortesano". Casi da reparo decir a estas alturas que el sistema gramatical (y no solo el idioma) es patrimonio de todos los hablantes[18], pero sobre todo es

---

17. M. Grevisse, *Le bon usage,* 1936 (cito por la undécima edición, París, Duculot, 1980); K. Togeby, *Fransk Grammatik,* 1965 (cito por la versión francesa en cinco volúmenes, Copenhague, Akademisk Forlag, 1982-1986, 5 vols); J. Damourette y J. Pichon, *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française,* París, D'Artrey, 1911-1940; O. Behaghel, *Deutsche Syntax,* Heidelberg, Carl Winter, 1923-1932. Las obras fundamentales de Keniston *The Syntax of Castilian Prose* (University of Chicago Press, 1931) y *Spanish Syntax List* (Nueva York, Henry Holt & Co, 1937) no pertenecen propiamente a este grupo porque su ámbito es mucho más restringido y porque su autor no pretendió construir propiamente una gramática, sino más bien presentar un panorama amplio de los estados de lengua que describe a través de gran número de materiales cuidadosamente reunidos y correctamente clasificados. La primera es obra imprescindible para los investigadores de la sintaxis histórica.

18. Algo que en las gramáticas de autoridades nunca ha estado enteramente claro. Por lo que a nuestro autor respecta, entiende que el sistema gramatical se rige por su propia ley y que esa "ley autonómica" (vol. 1, pág. 305) "arraiga" no solo en los escritores, sino "en el decir de las gentes ingenuas y en otras muchas no pervertidas por preocupaciones

evidente que los gramáticos siempre han filtrado los textos de las autoridades por el tamiz de su propia intuición lingüística, por el cedazo de su propio discernimiento como hablantes perceptivos y sensibles, y por la criba de su conocimiento científico del idioma. Lo hicieron Nebrija, Valdés, Correas y tantos otros. Es a eso a lo que se ha llamado a veces "delimitar una norma culta común", pero la palabra *norma* ha tenido en la historia de la reflexión gramatical más sentidos de los que sería de desear. Como nada está ahora más lejos de mi ánimo que introducirme en las fauces de tan debatida y no poco escolástica cuestión[19], tan solo diré que

---

pseudocultas". Tanto en este texto como en su discurso de ingreso, se hace patente la aversión que le producían a nuestro gramático las distorsiones lingüísticas deliberadas que algunos autores provocan en el idioma con el mero propósito -decía- de hacerse notar.

19. Los propios recensores de la gramática de Salvador Fernández usan la expresión en varios sentidos. Para Carlos Clavería (*Gramática,* vol. 1, pág. 110) ésta es una gramática sobre el uso y no sobre la norma, mientras que para Manuel Seco (*ibid,* pág. 126) se trata de una gramática de la "norma común" del español. Aunque no es este el lugar adecuado para presentar una bibliografía extensa sobre las interpretaciones que el término *norma* ha tenido, mencionaré el pormenorizado análisis que de ellas hace L. F. Lara en *El concepto de norma en lingüística,* El Colegio de México, 1976 (con especial atención a Hjelmslev y Coseriu) y añadiré únicamente algunas antologías de textos que contienen buenas exposiciones de conjunto: R. Lagane y J. Pinchon (eds.), *La norme, Langue Française,* 16, 1972; F. Helgorsky (ed.), *La norme. Concept sociolinguistique, Le Français moderne,* 50, 1, 1982; E. Bernard y J. Maurais (eds.), *La norme linguistique,* Gouvernement de Paris, Conseil de la Langue Française, Le Robert, París, 1983. La bibliografía sobre el concepto de *norma* es verdaderamente desbordante, sobre todo en los trabajos de sociolingüística, pero sus desarrollos y aplicaciones escapan por completo a mis objetivos en esta exposición. En lo que afecta específicamente a la gramática española, prácticamente todos los especialistas en su historiografía se han referido

el significado que predomina en la obra de Salvador Fernández no es el que el término *norma* suele recibir más comúnmente, sino el que aparece diáfano cuando dice *(Gramática,* vol. 1, pág. 305):

> "he meditado largamente acerca de encontrar por lo menos el sentido de una norma que se inspirase en las leyes mismas del idioma, que fuese dictada por la consistencia de su propia realidad."

Este uso de *norma* es el mismo que manifiesta el título del discurso de ingreso en esta casa: *Lengua literaria y norma lingüística* (citado en la nota 12). En su texto distingue ese sentido de *norma,* en el que prevalece la "realidad objetiva, en su constitución interna" (*op. cit.,* pág. 14), de aquel en el que el concepto designa una modalidad lingüística con la que existe una "relación estimativa", usando sus propias palabras. Se refiere, pues, al sentido que tiene el término cuando hablamos de *norma culta,* o en general de "usos cultos o populares" (*ibid.*). A esos dos sentidos añade un tercero en el que las normas vienen a designar lo que llama, de manera inequívoca, "los preceptos". Según expone en su discurso, este tercer tipo de norma es el que más suele interesar al extranjero que aprende un idioma nuevo; el segundo es el que persigue el escritor, y el primero es el que ocupa al gramático.

---

en algún momento a la postura que tomaban nuestros gramáticos clásicos sobre este punto. El lector encontrará un repaso de las actitudes de algunos de ellos en el estudio de A. Ramajo Caño, "La norma lingüística y las autoridades de la lengua: De Nebrija a Correas", *Anuario de Letras,* 31, 1993, págs. 333-377, con abundante bibliografía. Como mi exposición no es historiográfica, no intentaré siquiera presentar una mínima lista de los títulos en los que se aborda tan debatido asunto.

Cuando no hay especificaciones, el sentido que se impone es el primero, el que viene a recoger aquello que está dentro del idioma en función de su propia naturaleza. Seguramente pensaba don Salvador en los citados Mir y Baralt cuando decía de los "preceptistas", como él los llamaba, que estimaba "su generosidad y su espíritu geométrico", pero que no comprendía bien su "desinterés (...) por los fundamentos de una ciencia de la que no se nutren"[20]. Estuvo siempre atento a la expresión cuidada, pero no parecía gustarle de los rígidos "preceptistas" el que tuvieran más afán por descubrir múltiples agresiones contra las leyes del idioma que en averiguar o razonar esa mismas leyes. De hecho, en su discurso de ingreso oponía cuidadosamente las "leyes" a lo que él llamaba "los reglamentos". Aunque entiendo que hacía un uso demasiado amplio de la palabra *ley,* hoy en día mucho más restrictiva, me parece que su distinción entre los tres sentidos de *norma* es, a la vez que diáfana, pertinente. Nos habla, pues, de tres *normas.* La primera se investiga y se descubre, la segunda se distingue y se modula, y la tercera se vigila[21].

---

20. *Lengua literaria y norma lingüística, op. cit. pág. 29.*

21. En 1960 declaró Salvador Fernández que veía notables diferencias entre la investigación gramatical moderna y el tipo de gramática que corresponde presentar a la Academia, que "no ha aspirado nunca al conocimiento lingüístico puro". Entiende que la gramática académica habría de ser normativa, puesto que se concibe "con miras a un fin utilitario inmediato" (*La nueva gramática académica,* textos recopilados por J. Polo, Madrid, Paraninfo, 1987, pág. 24). Pero, por otra parte, afirmaba a comienzos de los años setenta *(ibid.,* pág. 38) que "las obras de lengua normativa pertenecen a un género aparte, si no mítico". Lo cierto es que su contribución al *Esbozo* no fue prescriptiva y que el texto que se publicó en 1973 hacía patente su actitud no normativa.

Al juicio gramatical del observador minucioso y atento lo llamaba "sensibilidad por la norma" (*Gramática,* vol. 1, pág. 298). Se trata de una distinción análoga a la que realizaba Hjelmslev en sus *Principios de Gramática General* -texto que él estudió y manejó (véase la referencia en el vol. 1, pág. 229)- cuando advertía que una cosa es la "norma" y otra la "corrección". Aunque ambas interesaran a Salvador Fernández, me parece claro que la primera, entendida como he señalado, fue el verdadero motor de su trabajo, y tengo la impresión de que, a pesar de que fueron muchos miles los datos que examinó, nunca se mezclaron en sus análisis los sentidos de tan escurridizos términos[22].

Estamos, pues, ante un caso más en el que las mismas etiquetas designan nociones distintas, algo que en la lingüística, en la filosofía y en la simple convivencia es motivo frecuente de no pocos malentendidos. Más modernamente se han añadido conceptos nuevos que evitan el tener que multiplicar los sentidos de los antiguos, y ya es general distinguir, por ejemplo, lo *incorrecto* de lo *agra-*

---

22. Nada diré aquí sobre la relación que el segundo sentido de *norma* en Salvador Fernández tiene con la lengua literaria, pero quizá no esté de más hacer notar que su actitud parece aquí determinista. Al escritor que busca la expresión lingüística más adecuada a sus propósitos lo guía "el instinto" (*Lengua literaria..., op. cit.,* pág. 16) y "en el terreno propio de la ley, (...) no le queda apenas libertad, como no sea la libertad de creer que obra libremente" (*ibid.,* pág. 18). Parece que se refiere a los aspectos estrictamente artísticos cuando añade en otra parte del mismo texto: "El escritor conoce el poderoso sojuzgamiento que le domina, pero al mismo tiempo siente que es dueño de una ilimitada libertad". Como la lengua literaria no será -en ninguno de sus sentidos- objeto de mi reflexión en este texto, no añadiré ningún comentario sobre puntos de vista tan polémicos y debatidos como esos.

matical[23]. La "sensibilidad" que Salvador Fernández defendió no es un concepto preceptivo, sino más bien perceptivo. No es forzado ni es impuesto. Es el resultado de la reflexión sobre el idioma, y lo cierto es que es ella, y no la presencia de las autoridades en los textos, la que verdaderamente articula su obra. Nuestro gramático no recogía "textos de autoridades". Reunía fragmentos de lengua escrita, procedentes de múltiples fuentes, para extraer de

---

23. El que haya a veces poca claridad sobre este punto en los textos anteriores no debe extrañarnos, puesto que la distinción -introducida en esos términos, como es sabido, por la gramática generativa- es relativamente reciente. Veo, de todas formas, una diferencia entre las secuencias que *pertenecen a la norma* (en el primer sentido en que Salvador Fernández usa el término) y las secuencias *gramaticales* (en el sentido moderno del término) en cuanto que nuestro gramático da a su concepto un valor fundamentalmente social, cercano al que tiene la *langue* saussuriana, excepto por el papel que se concede a la variación. Por el contrario, el concepto de gramaticalidad es, como tantas veces se ha repetido, esencialmente individual. La variación sintáctica es esperable en el primer caso como consecuencia de la coexistencia de sistemas, entendidos como entidades externas y en cierta forma arquetípicas; lo es en el segundo como consecuencia de la existencia de múltiples *competencias* individuales, indudablemente próximas. Creo que la postura de Salvador Fernández queda clara cuando considera que "todo hablante inserto en un sistema tiene desarrollada, en un grado más o menos perfecto, la conciencia de esa pluralidad y que su capacidad de reflexión sobre los hechos del lenguaje y hasta las mismas limitaciones de esa capacidad son magnitudes variables que se hallan en función del grado a que alcanza ese conocimiento" (vol. 1, pág. 302). El concepto de *conciencia lingüística* que usa nuestro gramático a veces (como en la nota 802 del vol. 3.2) se acerca en alguna medida al de *competencia,* pero es difícil delimitar los bordes de esa coincidencia parcial. Sobre la opinión del autor acerca de la gramática generativa, remito al vol. 1, pág. 255 y siguientes. Sobre su opinión acerca de la relación entre *competencia y norma* hay una pista en la nota 65 del mismo volumen.

ellos -por inducción, según decía- los rasgos esenciales de cada construcción y los factores que determinan su forma y su significado. Declaró abiertamente que no deseaba usar otros datos que los obtenidos de los textos, pero decidió dejar fuera algunos que consideraba "aberrantes", como dice textualmente en el prólogo (vol. 1, pág. 307), con lo que en cierta forma estaba realizando una selección implícita. Algunas anomalías entraron, pero a él no le gustaba hablar de *anomalías*. Prefería usar *desajustes,* que es término diplomático y benévolo.

Y es que, en realidad, no son los autores los que dictan su autoridad. Es más bien el sentido lingüístico del observador el que traza fronteras y marca lindes. Al final es el individuo consciente, reflexionando sobre sí mismo y sobre su entorno, el depositario de esa autoridad, la autoridad más universal y menos autoritaria: la de pensar sobre la lengua común. Y después de todo, eso no es autoridad. Es fortuna. La inmensa fortuna de disponer del idioma como de un espejo profundo y cercano en el que mirarse.

Hubo un tiempo en el que el fundamento mismo de la teoría gramatical se resumía en un solo adjetivo: el adjetivo *bueno* que aparece en forma apocopada en la expresión *el buen uso*. Pero ya no se suelen confundir las soluciones de los problemas con el nombre de los problemas. Si uno intenta profundizar en este adjetivo, y empieza a indagar en su verdadero significado dentro de esa expresión, si se anima a estudiar su alcance y sus límites, se convertirá en gramático sin darse cuenta, y tendrá ante sí desde entonces una tarea infinita. El enorme valor de la obra de nuestro gramático no proviene, pues, de la autoridad de sus fuentes. Proviene del talento de su autor, de su penetración y de su saber.

Algunos han aplaudido entre nosotros la gramática de Salvador Fernández porque sus ejemplos están extraídos de textos, y no inventados por él. Incluso han usado alguna vez este hecho como arma arrojadiza contra los que trabajan con datos obtenidos de la introspección. Yo creo más bien que este rasgo tiene que ver con las generaciones. La gramática descriptiva de la lengua inglesa más usada y celebrada internacionalmente en la actualidad no es ya la de Jespersen (que se publicó entre 1914 y 1940), sino la más moderna de R. Quirk, S. Greenbaum, G. Leech y J. Stvarvik, progresivamente ampliada entre 1972 y 1985[24]. En esta última, más extensa y detallada que la de Jespersen, prácticamente todos los ejemplos están inventados por sus autores. Pertenece, como la gramática de Engel para el alemán o la dirigida por Renzi para el italiano[25], entre otras muchas, a otra generación de gramáticas descriptivas. En esta segunda generación, los datos han sido construidos por sus autores a partir de la introspección, naturalmente con buen sentido lingüístico y con un adecuado conocimiento del idioma. Se diferencian también estas gramáticas de las de la generación anterior en que sus autores usan una abundante bibliografía que no pudieron conocer sus antecesores, en que aplican ideas o instrumentos teóricos más recientes y, finalmente, en que hacen uso de datos negativos, es decir, de secuencias excluidas por el sistema gramatical. Esta última característica la echó de menos un ilustre gramático en la obra de Salvador

---

24. *A Comprehensive Grammar of the English Language,* Londres, Longman, 1985.

25. U. Engel, *Deutsche Grammatik,* Heidelberg, Julius Groos, 1988; L. Renzi y otros (eds.), *Grande grammatica italiana di consultazione,* Bolonia, Il Mulino, 1991-1995, tres volúmenes.

Fernández ya en 1953 (*Gramática,* vol. 1, pág. 72)[26]. Como sabemos, el testimonio de que el sistema gramatical excluye algo viene a ser la mejor indicación indirecta de su propia existencia.

Es importante no olvidar, en cualquier caso, que tampoco refleja esta segunda generación de gramáticas el estado actual de la investigación. Representa más bien un estadio intermedio. La desbordante producción gramatical que sigue a estas obras trata no solo de profundizar en los hechos que describen, sino de deducir sus generalizaciones en lugar de postularlas, de indagar en las predicciones que tales deducciones conllevan, de establecer pautas más generales que eviten la atomización o la dispersión de los análisis, y también de ahondar en las consecuencias mismas de esas modificaciones conceptuales, que no son escasas. Existe, desde luego, una línea de continuidad, pero la gramática moderna -que ya no suele pedir al lector tan alto grado de complicidad en la interpretación de los datos- toma claramente parti-

---

26. Aunque lo cierto es que en ocasiones Salvador Fernández era muy explícito sobre los casos en los que un determinado elemento "no se emplea" (vol. 3.2, nota 644) o "no se emplea nunca" (vol. 3.2. §§ 114.3 y 155.1) en alguna construcción o con cierto valor, o en los casos en que "se usa exclusivamente" en un determinado contexto (*ibid.,* § 173.1). También lo era sobre determinadas "sustituciones" que no pueden darse (*ibid.,* § 144.6) o sobre el hecho de que a una opción sintáctica se le "cierra el camino" en alguna estructura, como en el § 148.1. Estas afirmaciones, acaso menos frecuentes que otras más matizadas, se agradecen por su claridad y su rotundidad, y también porque el lector comprueba que siempre se muestran a través de ellas contrastes bien delimitados en el sistema gramatical. Otro caso interesante de formulación de este tipo es el siguiente: "las formas de negación con *uno* no admiten más régimen preposicional que *sin*" (vol. 3.2, § 195.2).

do por buscar un hilo conductor más claro entre las unidades y entre los análisis, así como una visión de conjunto que también resulte algo más diáfana.

Creo, por tanto, que para entender la obra gramatical de Salvador Fernández hay que separar los aspectos propiamente generacionales de los más estrictamente analíticos. Esta gramática destaca fundamentalmente por su calidad, y la calidad se mide en este caso por el considerable trecho que media entre la constatación del dato y la minuciosidad del análisis; por la profundidad de las explicaciones y no por la presencia de los testimonios. Es verdad que estos testimonios abruman en su obra, pero -abrumados o no- debemos separar lo accesorio de lo fundamental. No hace falta recordar que el mejor pintor no es el que posee la más variada caja de acuarelas.

Los estudiosos de la gramática construimos y analizamos con cierta frecuencia ejemplos ramplones y descoloridos que llaman la atención, por su austeridad, a aquellos de nuestros colegas que están acostumbrados al brillo de los textos literarios. Algunos preguntarán: ¿qué va a hacer una oración transitiva inventada si la ponemos al lado de un endecasílabo de Garcilaso? Y alguien habrá que conteste diciendo: ¡el ridículo! Pero nuestra austera elección, aunque parezca extraña, nos permite acercarnos en alguna medida a la forma de proceder en otras disciplinas. El estudiante de arquitectura tiene que entender cómo está hecho un modesto tabique de ladrillos antes de intentar comprender cómo se construyó la catedral de Burgos. Esto no es falta de sensibilidad ni de interés. Es, simplemente, un poco de orden.

La actitud de don Salvador sobre este punto debe resaltarse. Por un lado, casi nunca usa en su gramática

ejemplos de su propia invención, como adelanta en el prólogo (vol. 1, pág. 305). Pero si se estudian sus materiales, se verá enseguida que no obraba así para tener más piezas que clasificar, sino para tener más elementos de juicio, para obtener lo que él entendía que era más garantía o más seguridad en el control de los factores que intervienen en cada construcción. Resulta de gran interés el hecho de que en su archivo abunden las papeletas con ejemplos inventados y analizados por él, siempre con excelente sentido lingüístico. Los datos obtenidos de la introspección propia forman en esas papeletas paradigmas o pares mínimos, algo que raramente se puede obtener de los textos. Muy pocas de esas papeletas pasaron a la gramática (aunque unas pocas lo hicieron a otros trabajos suyos[27]). Creo que si no lo hicieron no es porque don Salvador pensara que sus datos y sus análisis eran incorrectos, sino más bien porque el tipo de empresa que estaba levantando requería de otros métodos y de otros testimonios. Años más tarde, cuando preparaba borradores para editar su trabajo sobre *La derivación nominal,* que no llegó a tiempo de incluir como parte del *Esbozo,* alabó sin tapujos la gramática de los cuatro autores británicos a la que antes me refería, en la que -como he recordado- todos los ejemplos fueron creados por sus autores.

---

27. Como los publicados por J. Polo como capítulos XIV y XV del citado volumen 1 de la segunda edición de la gramática. Los datos de estos trabajos no están obtenidos de textos, sino de la introspección del autor. En las notas manuscritas que hizo al margen de un ejemplar de la primera edición, reproducidas por J. Polo en la segunda, sí recogía a veces ejemplos inventados por él (vol. 3.2, notas 323, 327 y 344, entre otras muchas). Este tipo de anotaciones son incontables en el fichero.

El valor de la gramática de Salvador Fernández no radica tampoco, por tanto, en que los ejemplos se obtengan de textos y no de la introspección[28]. Es claro que entre el juicio propio y el testimonio escrito, Salvador Fernández siempre daba preferencia al último. Entendía, pues, que la valoración de los datos no debería ir más allá de una apreciación relativa sobre la frecuencia de la construcción, y evitaba, por consiguiente, los que llamaba "juicios estimativos" (vol. 1, pág. 305). Lo hacía tanto si estas interpretaciones tenían que ver con las restricciones impuestas por el sistema lingüístico (su primera interpretación de *norma*) como si se trataba de cuestiones "preceptivas" (su tercera interpretación), lo que desde luego no siempre resultará útil al lector que busque estas informaciones. Las constantes referencias en la obra al uso más o menos "frecuente", "normal", "escaso" o "raro" de una construcción están hechas, por tanto, independientemente de esta distinción[29].

El dato gramatical procedente del texto escrito y bien documentado proporcionaba, en esa generación de gramáti-

---

28. Hago notar que también proceden de textos los datos de la gramática francesa citada de Togeby o los de la sintaxis de Georges y Robert Le Bidois (*Syntaxe du français moderne,* cito por la segunda edición, París, Picard, 1971, dos volúmenes), obras a mi modo de ver menos profundas que la de nuestro autor en la interpretación de los hechos sintácticos.

29. No reprueba, por ejemplo, a Ortega y Gasset, Giménez Caballero o P. Alvarez el que usen ese *alma* o *ese ansia* (vol. 3,2, § 123.2), sino que señala que este empleo de los demostrativos masculinos ante sustantivo femenino que empieza por *a-* se da "algunas veces". Solo en un texto de Ortega (*ibid.,* § 167.1) encuentra el uso de *el cual* en una relativa especificativa (sin coma, por tanto) no preposicional: *hay gentes las cuales exigen...,* pero no lo censura ni lo considera anómalo, sino que le busca justificación por razones eufónicas. Únicamente en Unamuno encuentra pronombres relativos complejos sin artículo en relativas especificativas

cas, la máxima garantía de representatividad, lo que debemos tener muy en cuenta si enjuiciamos estas obras con criterios actuales. Cualquiera que examine las fuentes de datos de la gramática de Salvador Fernández se quedará asombrado por su variedad. Repasó obras literarias, textos de medicina, botánica, química, historia, psicología, mineralogía, derecho y filosofía. Extrajo datos de artículos técnicos, ensayos periodísticos, discursos políticos y religiosos, noticias de periódicos y hasta guías de teléfonos y hojas parroquiales. ¿Por qué un abanico tan amplio? Por un lado, es evidente que quería reflejar la lengua escrita en todas sus variantes, por

---

con preposición bisilábica (como en el *pie sobre que estaba la rodilla*), pero tampoco emite un juicio normativo, sino que señala que "no faltan ejemplos" de esta construcción. Encuentra en Azorín y en otros autores (§ 169.2) el uso no posesivo de *cuyo* (como en *todo esto es verdaderamente absurdo, por cuyo motivo...*) y apunta sobre este relativo que "puede ocurrir también" que se comporte así. Incluso en casos extremos, en los que parece que sabe bien que una determinada construcción está excluida del sistema gramatical, evita la reprobación. Sabemos, por ejemplo, que en español no tenemos como objeto directo relativos complejos de persona con la preposición *a* y sin artículo, lo que ha sido objeto de diversos intentos de explicación. Ciertamente, no decimos **el hombre a que mataron ayer*. Salvador Fernández encuentra en Unamuno *...esa señorita a que he venido siguiendo* (§ 167.3). No dice de esta construcción que sea imposible, ni siquiera infrecuente, sino que se da "solo por excepción". Resulta, pues, casi inusitado que declare abiertamente "vulgar" un uso sintáctico, como hace en los §§ 138.3 y 205.3, y más aún que censure la sintaxis de algún autor, como hizo matizadamente con Baroja en su discurso de ingreso en la Academia (*op. cit.*, pág. 16). Sí abundan, por el contrario, las referencias al carácter "coloquial" de algunas construcciones. En el caso citado del relativo con a, la expresión *por excepción* parece una fórmula atenuante para dar a entender que el sistema gramatical rechaza la construcción, pero resultaría verdaderamente inusitado que nuestro gramático expresara así esta idea.

tanto no solo la lengua literaria. Pero por otra parte, también algunos textos poseen características idiomáticas peculiares, como es particularmente evidente en el caso de los jurídicos. Aun sin tener una sintaxis propia, otros textos parecen lugares idóneos para buscar determinadas construcciones, si se opta, como él hacía, por evitar la introspección. En un texto descriptivo en que se den instrucciones o se presenten actividades abundarán las pasivas reflejas y las perífrasis verbales, omnipresentes, por ejemplo, en los recetarios de cocina. Para analizar el uso de *uno, alguno y cualquiera* pensó don Salvador que debía examinar la forma en que se construyen las definiciones de los diccionarios, y así lo hizo, como se comprueba en el archivo; para estudiar las oraciones exclamativas se fijó más en las obras de teatro; para las relaciones deícticas, en los diálogos y en la prosa analítica; para analizar el uso de los tiempos examinó atentamente las narraciones, y así en algunos casos más.

Pero este tipo de idoneidad es, ciertamente, muy relativo. Queda el resto del idioma, es decir, queda casi todo. Lo que llamaba la atención a Salvador Fernández en el inmenso muestrario de la realidad que reunió a lo largo de medio siglo no eran las expresiones coloquiales o insólitas -en lo que se diferencia, por ejemplo, de W. Beinhauer-, y tampoco solía tomar nota, por lo general, de los usos marcadamente incorrectos si no veía en ello algún otro interés. Lo que don Salvador anotaba era la lengua común, es decir, lo que nadie anotaría. Lo que le sorprendía era lo que los demás no vemos porque nos parece, simplemente, natural. Y después de registrar expresiones comunes que nadie salvo él consideraría interesantes, hacía sobre ellas observaciones agudas, penetrantes y nunca obvias. No era su actitud la del

cámara que filma todo lo que abarca su objetivo, sino más bien la del fotógrafo que percibe dónde está exactamente el pequeño detalle que tiene verdadero interés.

No trabajaba con un corpus. Trabajaba con un archivo, es decir, con el resultado de la selección cuidadosa de los materiales que le parecían relevantes. Si hacía una ficha gramatical nunca era por el simple hecho de que el texto existiera, sino porque había algo en él que había atraído su atención. Y si hizo tantas fichas en su vida es porque casi todas las expresiones llaman la atención de los gramáticos si se miran desde un cierto ángulo. Estoy seguro de que pocos comprenderán que para estudiar "*estar* + gerundio" (es decir, oraciones como *estoy leyendo*), Salvador Fernández analizara unas dos mil papeletas[30] que extrajo de ciento setenta y cinco obras, lo que debió suponerle un esfuerzo más que considerable. A veces pienso que hubiera entendido muy bien al protagonista de una reciente película premiada que fotografiaba la misma esquina concurrida de la misma calle, cada día a la misma hora. Y lo hacía porque -siendo la imagen casi idéntica- siempre mostraba una escena diferente, una pequeña variación sobre el mismo fondo, algo que la hacía a la vez distinta e igual.

Entre 1952 y 1958 nuestro gramático dio clase en Madrid a un grupo de estudiantes anglohablantes del Smith College. También por esos años tuvo alumnos extranjeros en los cursos de verano de Santander. Tomaba nota cuidadosamente de los errores que aparecían en los ejercicios escritos

---

30. Solo unas pocas pasaron a su estudio "Algo sobre la forma *estar* + gerundio" (1960), ahora reproducido en el vol. 4 de la *Gramática*, apéndice II.

de sus estudiantes y pasaba esas notas a su archivo[31]. Obviamente, no las almacenaba para guardar constancia de los disparates que pudiera haber encontrado. Lo hacía para preguntarse si con lo que sabemos sobre cada una de esas construcciones anómalas podemos explicar por qué parece rechazarlas la gramática. Su reacción en el aula sería -desde luego- la de corregir al estudiante, pero su reacción en la mesa de trabajo era ya muy diferente. He podido repasar algunas de esas papeletas, y el hacerlo me ha confirmado que el mayor interés de anotar los errores gramaticales de los demás es el de examinarnos a nosotros mismos.

Hace ya bastantes años, Dwight Bolinger y Robert Lees mantuvieron una interesante polémica acerca de dos prototipos de gramáticos: los que llamaban "inclinados hacia la teoría" y los que denominaban "inclinados hacia los datos"[32]. En realidad, la controversia se desdobló en los años siguientes, época de profundas reflexiones sobre la metodología lingüística. En la década de los setenta, y en parte de la siguiente, tuvimos intensos debates sobre la inducción y la deducción en lingüística, sobre las leyes y las normas, sobre las excepciones y los contraejemplos, sobre el grado de idealización o de simplificación de los datos que cabe suponer en el análisis gramatical, sobre el papel que le puede corresponder al concepto de analogía, sobre el carácter empírico de la ciencia lingüística y sobre algunas otras variantes, no

---

31. Muy raramente a su gramática. En las adiciones de J. Polo a la segunda edición aparecen algunas, como en la nota 590 del vol. 3.2.

32. El debate surgió a partir de una reseña de Lees a un libro de Bolinger. La reseña se publicó en *Word,* 16, 1960, págs. 119-125, la réplica de Bolinger apareció en *Word,* 16, 1960, págs. 374-391 y la contrarréplica de Lees en *Linguistics,* 11, 1965, págs. 21-29.

menos polémicas, acerca de las cuales existe ya una abrumadora bibliografía. Para mis propósitos aquí será suficiente la oposición inicial de Bolinger y Lees, que refleja, por otra parte, un sentimiento casi general: es habitual decir que a unos gramáticos les interesa fundamentalmente poner orden en los datos que van reuniendo y disponerlos en las casillas que el sistema gramatical permite, mientras que a otros les interesa más reflexionar sobre la existencia misma de esas casillas y, en particular, sobre la posibilidad de ampliarlas o reducirlas.

A pesar de que creo que hay algo de irreal en oponer "la teoría" a "los datos" y que parecería más lógico reflexionar sobre el grado de abstracción o de generalidad al que uno está dispuesto a llegar, aceptaré provisionalmente la dicotomía. Si la aplicamos a nuestro autor, que declaró haber manejado para su primer volumen 95000 ejemplos de lengua escrita, la respuesta parecerá evidente. Pero mi punto de vista sobre esta cuestión no es, sin embargo, tan rotundo. Si examinamos su forma de reaccionar ante los datos, comprobaremos enseguida que su propósito no era en realidad clasificarlos, sino entender a través de ellos el sistema gramatical. No puedo decir que Salvador Fernández tuviera una teoría gramatical en la cabeza, al menos no con el grado de precisión que en nuestros días se exige a ese concepto. Eso es verdad. Pero las preguntas que se hacía sobre los datos -y se hacía muchas- son las que se hacen los gramáticos que quieren entender las unidades, no las que se hacen los que las suelen dar por supuestas.

Cabría dar aquí decenas de ejemplos, pero los límites de mi exposición no me permiten elegir más que uno. En una conferencia suya que ha sido publicada (vol. 1 cap. XV) contaba nuestro autor que un día reparó en un anuncio

publicitario que vio en el metro. El texto decía *¡Pedid lámparas Philips! No hay mejores*. Inmediatamente le llamó la atención el que no apareciera ningún pronombre como objeto directo de *haber* (el cartel no decía *No las hay mejores,* sino *No hay mejores*), pero, aun así, *mejores* parecía comportarse como un predicativo. Naturalmente, pensó que éste no era un problema de corrección gramatical, sino de análisis gramatical. Se preguntó a continuación, según narra en su conferencia, cómo es posible relacionar *mejores* con *lámparas* sin llegar a la absurda conclusión de que *mejores* es un pronombre. Esta reacción les resultará extraña a aquellos de los que me escuchan que no estén habituados a batallar con las minucias gramaticales, pero los que lo estén sabrán que ésa era, exactamente, la pregunta que había que hacerse. Estoy seguro de que entre todos los profesores y estudiantes de gramática que pudieran haber visto aquel anuncio del metro, él fue el único que se la hizo. En su gramática planteaba más brevemente la misma cuestión (vol. 3.2, nota 22) con este mismo ejemplo, aunque lo cierto es que no ofreció, me parece, una respuesta que podamos considerar enteramente satisfactoria. Pero no es eso lo que importa. Hoy sabemos que, a pesar de que el español no posee, frente a otras lenguas románicas, pronombres proclíticos de genitivo para tales complementos cuantitativos, el sistema gramatical tiene en cuenta esa información pronominal más abstracta, hasta el punto de que podemos tener complementos predicativos que dependan de ella[33]. (Y no seré yo, desde luego, el que se

---

33. En realidad, la pregunta se podría haber planteado en términos más simples: ¿Cuál es el objeto directo de *hay* en la oración *He pedido vino, pero no hay?* Obviamente, *vino* es el complemento directo de *pedir,* no el de *haber,* que aparece en la oración adversativa, no en la principal.

atreva a proponer este inocente ejemplo a los estudiantes de sintaxis de los cursos básicos.)

En el caso presentado, que he escogido al azar entre muchísimos más que se podrían proponer, Salvador Fernández no reaccionaba como se esperaría de un gramático "inclinado hacia los datos", en el sentido en el que los polemistas citados usan el término. Su reacción es la de quien pretende "inscribir" los datos en el sistema lingüístico, en lugar de "describirlos"; la de quien trata de que las piezas encajen, y no de que se superpongan; la de quien aspira, en definitiva, a comprender las complejas relaciones que se esconden en las secuencias más comunes[34].

Tampoco podemos decir que *haber* pasa a ser intransitivo en este sencillo ejemplo, lo que conceptualmente carecería de sentido. Sin una teoría adecuada de los complementos "tácitos" o "nulos" a su alcance, no es de extrañar que este tipo de problemas resultara intrigante para nuestro gramático. Aun así, llama la atención que en este caso no hiciera consideraciones contrastivas en relación con otras lenguas románicas, como el francés o el catalán, y sí las hiciera en cambio en otras partes de la gramática, como en los §§ 141.1, 120.1, 142.1, 175.2 y en la nota 874 (vol. 3.2).

34. Probablemente porque era, como él decía, "propenso a dudar", no ahorraba consideraciones sobre los límites entre las categorías. Muchas fichas del archivo contienen reflexiones de gran calado hechas en esta dirección. Me limitaré a escoger una. Ante verbos como *constituir, representar o significar,* Salvador Fernández comenta que poseen "complementos de identidad" que se acercan a los predicativos aun siendo directos. Es decir, "sin ser en verdad verbos de naturaleza predicativa, rigen un complemento directo que posee cierto grado de identidad con el sujeto verbal". Así, ante el ejemplo *el convenio constituye una transacción* (de un texto de E. Gómez Orbaneja) apunta que el problema es el de explicar que la frase nominal *una transacción* actúa como un predicado de *el convenio,* siendo a la vez (aparentemente) el objeto directo del verbo *constituye.* De nuevo, ése es exactamente el planteamiento que habría que hacer ante este tipo de predicados. El que esos verbos no tengan como

Salvador Fernández tenía muy acentuado un hábito, quizá incómodo y hasta inconveniente después de todo, que suele perseguir a los estudiosos de la gramática. Consiste en no poder leer y no poder oír sin dejar de mirar al mismo tiempo a través de las palabras. Pero no les sucede solo a los lingüistas. Sé de algunos expertos en botánica que son incapaces de pasear por un parque en una tarde de primavera sin asombrarse de la floración de ciertas angiospermas dicotiledóneas. Tal vez ocurre así porque hay tareas que se dejan cada día en la oficina o en el taller, y hay otras tareas que no son tareas, sino más bien rasgos casi inseparables de la persona. Son estos los casos en los que la vida y la obra no van cada una por su lado, como iban en nuestros viejos manuales de literatura.

Pero hay mucho más que observación, intuición y agudeza en la gramática de nuestro autor. Hay una evidente inquietud intelectual. El que examine su obra con alguna atención no podrá dejar de reconocer que estudió con verdadero interés, casi con fruición, la teoría gramatical de su época[35]. Estoy convencido de que no le satisfacía por sí misma, pero, aunque es muy evidente que nunca fue un teórico de la gramática, no creo que pensara que existe un camino directo desde los datos hasta el análisis que pase simplemente por la mirada penetrante del observador atento y

---

complementos frases nominales definidas (excluidas las superlativas, que poseen valor predicativo, como se puede mostrar independientemente) apoya efectivamente la intuición de nuestro autor. Eso no significa, desde luego, que la importante pregunta que suscitaba en su comentario tenga una respuesta fácil ni inmediata para nadie.

35. Los testimonios recogidos por J. Polo en el vol. 1 de la segunda edición constituyen una muestra clara de esa preocupación.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

sensible. Por el contrario, buscó, trabajando solo y con escasos medios, la inspiración constante de los grandes lingüistas de su época. A través de Bühler tomó ideas inspiradas en la escuela de Praga, se sumergió en el estructuralismo norteamericano, especialmente en la fonología[36]. Publicó un texto (sorprendentemente casi sin datos) sobre el concepto de forma en gramática[37], en particular sobre su interpretación de Hjelmslev y de las contribuciones del distribucionalismo norteamericano. Aun cuando no acabara de compartir algunas ideas del gramático danés, como se deduce de sus notas (vol. 1, cap. XII), es evidente que busca su apoyo en varios puntos de la gramática, entre otros en el análisis del pronombre (vol. 3.1. pág. 19 y ss.). Hizo además comentarios a su propio ejemplar de la obra en los que se percibe el interés por aumentar las referencias a los conceptos tomados de la glosemática[38]. Desde luego, no encaja en el perfil de un gramático "taxonómico" o "casuista"[39] quien declara haber basado la organización conceptual de uno de sus trabajos en una obra de Bernard Bloch que estudia nada menos que la

---

36. Sobre todo, después de publicar el primer volumen, acaso porque algún recensor le echó en falta esta ausencia (vol. 1, págs. 76-77). De algún comentario aislado parece deducirse que le había llegado a interesar incluso más que la praguense. Véase *La nueva gramática académica, op. cit.*, pág. 31.

37. "El concepto de forma en gramática", *Revista de la Universidad de Madrid,* VII-26, 1958, págs. 161-173. Cito por la versión que aparece en el vol. 1 de su *Gramática,* cap. XIII.

38. Véanse, entre otras, las notas 118 y 120 del vol. 3.2. Los mismos términos aparecen en el texto de la *Gramática* en los §§ 186.5 y 202.2, entre otros lugares.

39. Esta última etiqueta se la asignó algún autor no demasiado perceptivo. Véase el vol. 3.2, nota 265.

fonología del japonés coloquial[40]. En suma, no se puede negar preocupación teórica a quien dedicó tantas jornadas de su vida a buscar orientación en los lingüistas más representativos de su época. La "inclinación hacia los datos" que el lector percibe en su obra no es, desde luego, la que Bolinger y Lees discuten. Es otra muy distinta, resultado de su convicción de que el rigor empírico proviene del dato producido y no del virtual. Este es un hecho cierto que lo vincula a su generación, pero no es exactamente el rasgo que hace de su obra una aportación tan espléndida al análisis de nuestra lengua.

Frente a la vivacidad de sus conferencias y la agilidad de sus notas manuscritas, el estilo expositivo de Salvador Fernández desanimaba a no pocos lectores. Los que acudían a su libro con curiosidad habían de bucear en largos párrafos en los que se superponían datos y doctrina sin un punto y aparte misericordioso que aliviara su esforzada exploración. Y los que conseguían tomar respiro en el descansillo de cada nuevo párrafo, habían de lidiar con descripciones densas apoyadas en nociones semánticas abstractas y no siempre definidas[41]. Y así, de apartado en apartado a lo largo de las quinientas páginas del primer y único volumen.

---

40. *La nueva gramática académica, op. cit.*, pág. 30.

41. Es cierto que no escasean los ejemplos de descripciones demasiado vagas, pero creo que exageraba M. Sandmann al considerar su forma de escribir (*Gramática,* vol. 1, pág. 94) "abstracta, trabada, condensada y escolástica". No resulta injusto decir, en cambio, que en ciertas ocasiones nuestro gramático no se veía obligado a definir los términos que empleaba, tal vez porque pensaba que el lector captaría su sentido al examinar los ejemplos. Pocas gramáticas ofrecerían una definición de *pronombre* tan peculiar como ésta: "un grupo nominal de semantemas caracterizados por el doble hecho de que actúan indistintamente como término primario

No es ésta una obra fácil. Por un lado, tal vez sea cierto que su actitud analítica no le permitía simplificar en exceso los esquemas gramaticales. Pero desde el punto de vista del lector, la obra muestra mejor su afán por transmitir los significados y los matices que percibía en los esquemas sintácticos que su interés por explicar pedagógicamente lo que deseaba proponer. Por esta razón, me parece que en nuestros días sacará más partido de ella el que más lecturas lleve a cuestas antes de abordarla. Encontrará más intuiciones y más ideas en embrión el que ya conozca algo de la bibliografía posterior. Pero, con todo, cualquiera que no se deje desanimar por la frondosidad de los datos ni por la ocasional espesura de la terminología[42], encontrará en ella abundantes

---

o secundario o exclusivamente en una u otra función [omito nota]" (vol. 3.2, pág. 19). El lector no entenderá bien tampoco qué son exactamente "conceptos dimensionales en los que se atenúa la representación sensible de la cualidad" (vol. 3.1., § 68.3), ni que una mención pueda ser "inconceptual" (vol. 3.1, § 72.5 y vol. 3.2, § 188), y quizá no verá claro que en nuestra lengua se emplea *qué* frente a *cuál* "si los términos de la serie son cosas o nombres de cosa de especie diferente o si aparecen en una categoría gramatical que no es la del nombre sustantivo o la de los pronombres concordantes" (vol. 3.2, § 177.2). Otras veces, los conceptos son apropiados, pero las definiciones no son del todo precisas, como en el caso de la llamada *eferencia* (vol. 3.2, pág. 311, entre otros lugares). Se refiere también Salvador Fernández en algunas ocasiones a leyes o principios no formulados, como la "ley de monotonía" del § 200.3 (vol. 3.2). Ya Bolinger criticó la "exasperante frecuencia de términos no definidos" en la obra (vol. 1, pág. 79).

42, Para Salvador Fernández, su propia terminología era "conservadora" y no pretendía introducir "ninguna clase de innovación" (vol. 3.2, pág. 18). A veces no parece preocuparle el término que se designe para identificar un concepto, si este puede aislarse con claridad: "llámese como se llame a esta manera de alusión (...) que la alusión existe es algo indiscu-

pruebas de su constante interés por obtener instrumentos para analizar el idioma[43].

Sus apreciaciones sobre la importancia de las ideas lingüísticas de su época, que iba interpretando y aplicando con enorme dedicación y no poco esfuerzo, eran por lo general acertadas, aunque alguna vez se equivocara, si miramos la apreciación desde el presente. En cualquier caso, lo cierto es

---

tible" (vol. 1, pág. 281). El profesor José Manuel Blecua, que hizo un encendido elogio de la gramática en 1952 (vol. 1, pág. 59 y ss.), no estaba del todo de acuerdo en que la terminología fuera conservadora. Pensaba que el lector se vería "con el agua al cuello entre morfemas, anáforas, catáforas, planos ausentes, campos simbólicos, deícticos, situacionales, etc." La gramática no estaba dirigida en realidad al lector culto medio, sino (vol. 1, pág. 30) "a los universitarios que estudian Filología Española y Filología Moderna", pero aun así es indudable que les resultaría muy ardua a sus destinatarios. Mi propios alumnos universitarios me han hecho notar en alguna ocasión que esta gramática les parecía sumamente difícil y escasamente pedagógica. Vista la cuestión desde la perspectiva actual, es claro que el análisis gramatical detallado no puede ya dirigirse a la vez al lector profano, incluso culto, y al especialista. El que abra algún número reciente de alguna revista internacional especializada en análisis gramatical sin tener costumbre de hacerlo no deberá sorprenderse si le surgen considerables problemas de comprensión. En realidad, lo que resultaría sorprendente es que se acercara a ella con la pretensión de no tenerlos, porque ese hecho revelaría acaso mayor desinformación sobre la forma en que ha avanzado la disciplina.

43. Naturalmente, no se deben confundir los posibles casos de terminología opaca con los simples "rasgos de autor", en general transparentes. Entre ellos está el uso de *fórmula* por *construcción sintáctica* a lo largo de la obra, o el de la forma *concurrente con* con el sentido de "sustituible por", "en distribución casi idéntica a la de" o "en asociación paradigmática con". Ambos términos aparecen juntos en la expresión "fórmulas concurrentes" que da nombre al § 178 y que se repite innumerables veces en el archivo. El autor se refiere también a la relevancia gramatical de estos "campos de concurrencia" en el vol. 1, pág. 229.

que ponía un enorme entusiasmo al valorar las propuestas teóricas de los demás y al intentar extraer de ellas todo lo que le parecía aprovechable para sus fines (algo no demasiado frecuente en nuestros días, en los que se suele poner similar empeño en deslegitimarlas). Iba bien encaminado cuando apreció las ideas de Bühler sobre la deixis como "una de las adquisiciones más seguras e indiscutibles de la lingüística" (vol. 1, pág. 280), pero quizá no tanto cuando valoró de igual forma la teoría de los campos de este autor, hoy en día subsumida en parte dentro de concepciones más amplias de la anáfora. Tampoco fue enteramente exacta su apreciación de la teoría de los rangos de Jespersen como "uno de los descubrimientos más notables de la lingüística moderna" (vol. 1, pág. 303), exceso de generosidad que le matizó el ya citado Bolinger (*ibid.*, pág. 75). En sus notas apunta cuidadosamente lo que no le gusta, formula interrogantes sobre los aspectos que no ve claros, calcula las consecuencias deseadas o no deseables de las teorías que va conociendo. Se comporta, en fin, como un investigador inquieto, abierto, dialogante, crítico y atento al desarrollo teórico de la disciplina.

Las teorías gramaticales europeas y americanas que Salvador Fernández manejó eran cuidadosas en la delimitación de los marcos y no demasiado específicas en el análisis de los detalles. Pero en la gramática todo son detalles. Los textos de Hjelmslev, de Bühler, de Bally o de Jespersen no podían ayudarle demasiado a determinar si el significado del adjetivo que modifica al nombre decide o no el modo indicativo o subjuntivo de las subordinadas sustantivas preposicionales que dependen de aquel. Ahí es, en mi opinión, donde aparecen los análisis de Salvador Fernández en su

verdadera precisión. No veo por ello contradicción alguna al señalar que aportó a la gramática más de lo que obtuvo de ella y que acaso no encontremos en las fuentes teóricas en las que bebió la justificación de los mejores análisis que podemos disfrutar en las páginas de su obra.

La Gramática de Salvador Fernández es la primera que ha estudiado la lengua española con ese grado de minuciosidad y de atención. Pero también será la última. La suya es la última gramática descriptiva que se puede concebir con esas características. Lo que venga después serán libros de texto, obras divulgativas, gramáticas colectivas y, desde luego, monografías especializadas. Todas esas obras son necesarias, pero ya nada puede ser lo mismo. La lingüística es una más de las muchas disciplinas que ponen de manifiesto la irremediable especialización de nuestro tiempo; un tiempo en el que se ha descubierto bien a las claras que los objetos de conocimiento esconden abismos de tremenda complejidad por debajo de lo que parecían inofensivos recovecos. En el mundo de la lingüística actual los tratados han dejado paso a los manuales. Y es lógico que sea así. Tenemos, en cambio, la enorme ventaja de disponer de innumerables monografías parciales que intentan aportar alguna pequeña pieza al gigantesco rompecabezas colectivo. Hoy podemos contar con decenas de trabajos (sobre el español o sobre otros idiomas) para muchas de las cuestiones que nuestros gramáticos clásicos describían en unas pocas líneas. Por poner un solo ejemplo, en el capítulo de los pronombres relativos, interrogativos y exclamativos, Salvador Fernández citó menos de diez estudios monográficos (descarto, naturalmente, las obras de referencia que también cita para otras cuestiones). En la actualidad es posible reunir más de dos-

cientos que traten sobre esas mismas construcciones del español[44], y si miramos también las lenguas vecinas -lo que cada vez va siendo más necesario- la cifra se multiplica por varios enteros. Estas desproporciones se pueden ampliar en otros capítulos.

Cuando justificaba su obra en el prólogo, decía Salvador Fernández: "Parecen haberse acabado las gramáticas". No se podía imaginar hasta qué punto tenía razón. Los tratados comprehensivos y abarcadores, obras de un autor y resultado del esfuerzo de una vida, ya no pertenecen a este tiempo. Pero ahora que se han acabado las gramáticas, así entendidas, está más viva que nunca la gramática, en singular. Sucede como en las demás disciplinas. Ahora que los tratados generales de medicina o de física han dejado de existir es cuando más vivas están esas ciencias. El investigador de la gramática entiende en la actualidad mejor de lo que se entendía en la segunda mitad de los años cuarenta la red de relaciones que se establecen entre los esquemas gramaticales. Los fenómenos transcategoriales apenas si tenían sentido entonces, mientras que hoy están cerca de convertirse en el

44. El propio Salvador Fernández era consciente a principios de los años sesenta de que "la teoría gramatical se desarrolla incesantemente, se multiplican las revistas y los estudios monográficos y todo lo que hemos preparado y concebido se nos aparece como necesitado de revisión" (texto inédito que forma parte de un breve currículum del autor). Al mismo tiempo, a pesar de que los estudios que se citan es esta obra nos puedan parecer relativamente escasos si los comparamos con los que actualmente existen, lo cierto es que ninguna gramática española hasta ese momento había bebido en tantas fuentes teóricas. Como dice su autor (vol. 1, pág. 299) la gramática tradicional española más reciente hasta entonces no había estado "al corriente de los avances en la gramática general y teórica de las escuelas europeas (...)".

eje del análisis gramatical mismo. Disponemos ya de instrumentos de cierta precisión para analizar las posiciones sintácticas, siempre inestables en las gramáticas descriptivas. La *prolepsis,* a la que don Salvador dedicó el fragmento de un apartado (vol. 3.2., § 112.2), se ve hoy como un conjunto de estructuras sintácticas diferentes, procesos en que los "temas" y los "focos" ocupan posiciones sintácticas distintas y aportan valores informativos a la vez abstractos y precisos. Los procedimientos para introducir la semántica en las relaciones gramaticales también son en nuestros días mucho más detallados. Los matices semánticos que antes escondían los casos latinos dejan paso a teorías elaboradas de la valencia semántica y de su manifestación en la sintaxis nominal y oracional. Las unidades crecen pero su aplicación también se recorta. Las relaciones que se establecen a distancia entre las palabras, como las de ámbito en la cuantificación o las anafóricas en la sintaxis de los pronombres, se pueden restringir con más exactitud. Los llamados a veces *segmentos discontinuos* no solo se reconocen con más objetividad, sino que es posible mostrar que su discontinuidad es relativa a los lindes sintácticos que caracterizan la estructura de las oraciones. Y así, casi en cada caso. En realidad, lo extraño sería pensar que pudiera haber sido de otro modo medio siglo después.

La investigación ya no es como era porque ha cambiado profundamente la comprensión de los datos gramaticales, y sobre todo porque sabemos más acerca de las redes que las estructuras gramaticales tejen entre sí. Para comprender las relaciones transcategoriales que se van descubriendo, los análisis han de ser necesariamente más abstractos. Los instrumentos se reducen, pero a la vez son más difíciles de manejar. Hace unos años no era demasiado importante evi-

tar la redundancia entre las unidades de análisis. Ahora es esencial si queremos entenderlas. El gramático moderno se hace a la vez más crítico y tiende a rechazar las explicaciones demasiado individualizadas, es decir, las que se aplican a fenómenos particulares sin estar suficientemente incardinadas en principios más generales. También se descubren nuevos fenómenos y nuevas relaciones entre ellos. Las unidades pragmáticas entran con pleno derecho en la gramática, y a la vez con mayor objetividad que en otros tiempos. Los fenómenos de discurso que don Samuel Gili Gaya abordaba en el último capítulo de su manual, casi como pidiendo perdón, unen hoy en día a grupos enteros de investigadores en el mundo hispánico. El análisis de los conectores discursivos, los actos de habla o las funciones informativas son hoy moneda corriente para nuestros estudiantes, cuando en los años cuarenta apenas si empezaban a fraguarse en la mente de algunos investigadores avanzados. Sobre algunas cuestiones sintácticas que ocupaban unas líneas en las gramáticas descriptivas se celebran hoy en día congresos internacionales monográficos.

Pero la gramática de Salvador Fernández no solo será la última por el hecho de que la parcelación del saber y el descubrimiento de nuevos instrumentos hacen de nuestra disciplina un objeto diferente. Será también la última porque apenas quedan ya personas como él. Sabemos que no aceptó que se reimprimiera la primera edición de la gramática porque le parecía incompleta y mejorable. Siempre prefirió que la obra no se publicara en partes, sino cuando estuviera acabada. Tampoco estuvo de acuerdo en entregar los materiales nuevos que iba preparando porque pensaba que eran todavía provisionales. Las noventa y cinco mil fichas que

declaró manejar eran "material disperso", y la obra en su conjunto aparecía "a título de ensayo y con algunas reservas". El lector que examine las notas marcadas con doble paréntesis "(( ))" en la segunda edición[45] encontrará múltiples referencias del propio autor a párrafos de la primera que consideraba revisables, a construcciones sobre las que declaraba tener aún poca información, a interpretaciones que podrían modificarse o rectificarse, a fuentes bibliográficas que podrían incorporarse o, simplemente, a explicaciones que cabría añadir para algunas observaciones no enteramente justificadas.

Una de las múltiples razones por las que la obra avanzaba con lentitud era el hecho de que sobre algunas construcciones don Salvador decía poseer aún "pocos datos". Acaso vale la pena señalar que estaba preparando el capítulo de la transitividad, pero se detuvo porque no tenía testimonios escritos de algunos verbos que él sabía inequívocamente que eran transitivos. En su lista aparecen, entre otros, *socorrer* y *vituperar,* pero se puede leer debajo "sin ejemplos". La redacción había, pues, de detenerse[46].

El aforismo 231 de *El arte de la prudencia* de Baltasar Gracián dice así:

---

45. Vols. 3.1 y 3.2. También sucede en el vol. 4, como en la nota 8 de la pág. 364, entre otras. Los materiales de algunos capítulos de este volumen cuarto fueron escritos varias veces (véase la nota de la pág. 191 de este volumen y en realidad no tenemos la seguridad de que su autor los considerara listos para la imprenta.

46. Como ya he indicado, Salvador Fernández pensaba que el hecho de que él supiera, como hablante, que las expresiones que buscaba pertenecían a la lengua no le daba derecho a incluir en la gramática ejemplos por él construidos. Copio de una ficha del archivo: "Me faltan ejemplos del tipo *no merezco eso, no merece que..., merece pensarse...*".

"No enseñar nunca las cosas a medio hacer. Es mejor que disfruten de su perfección. Todos los principios son informes (...). El recuerdo de haber visto el objeto inacabado impide disfrutarlo una vez terminado. Ver de una vez un objeto grande impide ver las partes, pero satisface el gusto. Antes de existir, las cosas están en la nada, y cuando comienzan a existir, aún están muy dentro de su nada. (...). El gran maestro evitará que vean sus obras en embrión. Debe aprender de la naturaleza a no exponerlas hasta que puedan gustar."[47]

No sé si don Salvador conocía *El arte de la prudencia* de Gracián, pero, si no fue así, pocos modelos se encontrarán tan ajustados a lo que el filósofo conceptista recomendaba. Tal vez se situó aquí en uno de los extremos de la escala, pero no hay duda de que -si hubiera que elegir entre los dos- el suyo sería siempre el preferible.

Pero hay otra razón por la que estas palabras de Gracián nos suenan lejanas, y ante ella ya poco podemos hacer. En el tiempo en que vivimos, el trabajo lingüístico -como ha ocurrido antes con otros- se ha convertido en gran medida en una empresa colectiva, lo que viene a significar que casi siempre percibimos en ella ese *estado intermedio* que tanto molestaba a Gracián. Cada autor empieza su tarea donde terminó su vecino; existe una clara idea de progresión, de continuidad y de aceptación mutua de los supuestos básicos. El lingüista sabe que su aportación, por bien intencionada que sea, será un intento provisional, una pequeña contribución que sin duda se verá pronto mejorada, complementada o rebatida por otros. Hasta los programas informáticos llevan

---

47. B. Gracián, *El arte de la prudencia*. Cito por la edición de J. E. Díez Fernández, Madrid, Temas de Hoy, 1993.

un número para recordarnos que no tardará en aparecer una nueva versión, mucho más completa que la que tenemos entre las manos. Los investigadores han adquirido en nuestros días plena conciencia de la parcialidad y provisionalidad de su trabajo porque saben bien que el terreno es mucho más vasto de lo que pudo parecer nunca. El investigador actual tiene, me parece, una idea mucho más clara del horizonte hacia el que camina, pero no deja de tener muy presente qué cosa es un horizonte.

El mundo de la investigación en el campo de la gramática teórica contemporánea es verdaderamente vertiginoso. Todo es inmediato, pero todo es a la vez, provisional, quizás como el mismo mundo en que nos ha tocado vivir. Podemos enviar por el correo electrónico mensajes instantáneos a colegas que viven a cinco mil kilómetros, pero -a la vez- las teorías se ven superadas, modificadas y revisadas con una velocidad comparable a la de las ondas que nos permiten transmitirlas. En la gramática teórica actual los análisis pasan ante nuestra vista con la velocidad de los anuncios que quedan atrás en la carretera. Cuando hemos entendido y asimilado una propuesta, que incluso nos ha convencido por su poder explicativo y su coherencia, ya ha sido superada por otra que desconocemos y que, cuando consigamos apenas intuir, habrá quedado ya anticuada.

Es comprensible que muchos no compartan esa visión acelerada del trabajo, y por tanto de la vida. Algunos investigadores de la gramática española recibimos en la actualidad sensaciones contrapuestas y casi extremas. Lo cierto es que debería existir algún término medio. Debería haber algún punto equidistante entre el vértigo de la renovación implacable y la contemplación permanente de esas verdades eter-

nas que la costumbre o el conformismo han favorecido algunas veces entre nosotros. El primero no nos deja respiro, y mucho menos reposo. La segunda provoca una quietud que adormece el entusiasmo, anula el ánimo creativo y anticipa el desaliento.

En su época, don Salvador representó precisamente ese punto de equilibro. Su esfuerzo por estar al día, a pesar de las enormes dificultades que encontraba, es verdaderamente encomiable. Mantuvo durante bastantes años la suscripción personal a las revistas *Language* y *Word*, que leía y anotaba puntualmente. Era asiduo visitante de las bibliotecas y citaba en sus versiones originales no pocos artículos que otros hemos conocido por reediciones y compilaciones, como sucede por ejemplo con los de Benveniste. Reflexionó sobre las unidades fonológicas que proponía Hockett y sobre los análisis de los pronombres que introducía Wackernagel (reivindicados en la actualidad desde perspectivas más modernas). En su discurso de ingreso en la Academia lo hizo sobre la interpretación que daba Husserl a los enunciados sin sentido (unos años antes de que esa cuestión se convirtiera en centro de largos debates, hoy ya en buena parte superados). Estuvo, en suma, atento a su tiempo, y fue a la vez prudente para avanzar, inquieto y ávido para aprender, y sólido para afirmar. Un envidiable equilibrio.

Han cambiado los tiempos y lo han hecho en muchos sentidos. No hay duda, como he apuntado, de que los estudiosos de la gramática manejan en la actualidad (dentro y fuera de nuestras fronteras) instrumentos de análisis mucho más precisos, y también más enrevesados, que los que se podían conocer en los años cuarenta. Pero a pesar de todo, tengo la impresión de que el inves-

tigador actual se halla también empujado por esa inmediatez del mundo académico que pocas veces da sosiego o serenidad. A don Salvador nunca le faltó prudencia, pero tal vez sí un poco de atrevimiento teórico, como hizo notar Dwight Bolinger en su reseña. En estos tiempos de negociación y compromiso, uno se atreve a imaginar que Salvador Fernández podría haber hecho un intercambio, favorable para ambas partes, con algunos investigadores contemporáneos de dentro y de fuera de nuestras fronteras. Nuestro gramático hubiera puesto una parte de su abnegación, de su minuciosidad, de su perspicacia, de su perfeccionismo, de su capacidad de observación y de su modestia. Recibiría a cambio un poco de atrevimiento conceptual, un empujón para subir un peldaño en la escala de las generalizaciones, una ayuda acaso para encajar algunas piezas del rompecabezas, esas piezas que fue recortando de la realidad misma a lo largo de toda su vida.

También hubiera puesto don Salvador en esa hipotética balanza una parte de su enorme generosidad. Trabajó solo, pero no fue individualista[48]. Su contribución a la gramática de la Academia y a los trabajos del Diccionario Histórico fue generosa y abnegada. Sus juicios sobre sus colegas también lo fueron, lo que, desde luego, no le impedía discrepar con ellos cuando era necesario hacerlo.

---

48. Por el contrario, puede decirse que hay más individualismo en la investigación gramatical actual a pesar de que resulte, como he dicho, una empresa casi colectiva. Se trata de un individualismo que es producto en gran medida de la competencia académica y laboral, pero que suele traer como consecuencia, en cualquier caso, el que la afirmación de los intereses propios corra a menudo pareja a la desestimación de los ajenos.

El archivo de Salvador Fernández creció lenta pero progresivamente con medios más que artesanales. El entorno material en el que trabajaba tiene poco que ver con el que conocen los lingüistas actuales. Nuestro gramático fichaba en octavillas y con letra diminuta los datos que iba recogiendo, y anotaba en la parte superior la clase gramatical a la que pertenecían. Cuando un dato tenía relación con varios fenómenos simultáneamente, lo copiaba a mano tantas veces como fuera necesario, y luego añadía, por ejemplo, "he hecho copia de esta cédula en el fichero de la preposición *a*" o bien "texto duplicado en el fichero del infinitivo". Las fuentes de sus citas se repetían una y otra vez, y una y otra vez anotaba en cada papeleta autor, obra y página. En los últimos años usó un sencillo juego de imprenta con el que componía el autor y el título de cada obra, pero todo seguía siendo enteramente artesanal. No releía cada libro para cada fenómeno recogido, sino que -con pocas excepciones- hacía fichas de todos ellos simultáneamente, lo que nos da a entender que tenía en la cabeza a la vez todo el sistema gramatical. Las fichas se agrupaban en bloques y los bloques en ficheros, que no eran sino modestas cajas de cartón. El archivo fue creciendo a un ritmo más que notable. Sabemos por el testimonio de Emilio Lorenzo (*Gramática,* vol. 1, pág. 105) que a principios de la década de los treinta ya estaba en marcha; sabemos que tenía unas treinta mil papeletas a comienzos de los años cuarenta por el de R. Lapesa (*op. cit.,* pág. 18), que manejaba unas noventa y cinco mil en 1951 porque así lo declaró en el prólogo de la primera edición, y que dejó unas ciento quince mil a su muerte porque las hemos calculado los que preparamos la edición del archivo.

Nuestros jóvenes, que no entienden cómo pudimos vivir en algún momento sin procesadores de textos, sin bases de datos, sin fotocopias, sin internet y hasta sin televisión, tampoco entenderían que la investigación podía ser parsimoniosa porque no estaba ligada tan irremisiblemente al fogonazo del instante ni al vértigo de la incesante renovación. Existían, desde luego, corrientes de pensamiento lingüístico, pero las teorías gramaticales aportaban más directrices generales y metodológicas que herramientas de precisión para hilar en lo más fino o bucear en lo más opaco. Tampoco esto podrá ser ya igual.

He sabido por sus familiares más directos que don Salvador siguió haciendo fichas y anotando observaciones y ejemplos hasta muy pocos días antes de morir. El archivo creció, por tanto, a lo largo de unos cincuenta y cinco años, más de medio siglo de esfuerzos continuados que no vieron el final.

Salvador Fernández podría haber elegido otro campo, pero escogió el más abierto, el más extenso. Su obra es un patente ejemplo de que el investigador de la sintaxis se encuentra, más que ningún otro estudioso del idioma, ante la inmensidad de la lengua. Los lexicógrafos o los morfólogos tienen paradigmas más reducidos y asideros conceptuales acaso más cercanos. La sintaxis es, sin embargo, una aventura constante. El orden de los elementos, la simple adición o supresión de alguna partícula casi insignificante, la sola diferencia de una pausa o un acento de intensidad son suficientes para cambiar el significado, para añadir matices inesperados que comparten -sorprendentemente- los usuarios del idioma. Para percibir esa sensación ni siquiera hay que ser estudioso de la gramática. Con tan solo un cierto interés por

la lengua o una parte de la *sensibilidad* que recomendaba nuestro autor es posible asomarse a su gramática o a su archivo y admirarse a través de ellos de esa infinitud del idioma. También sin ser marinos ni oceanógrafos podemos recibir impresiones parecidas en el mar, y sin saber astronomía podemos captar la inmensidad de las estrellas en el cielo. Otra cosa, desde luego, es intentar abarcar las inmensidades.

Decía John Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* que la búsqueda del conocimiento se parece en dos sentidos a la caza. Por un lado, el intento mismo produce gran parte del placer; por otro, la pieza cobrada solo nos vale para hoy. Mañana ya habrá dejado de sernos útil y tendremos que comenzar a cazar de nuevo. Aun sin ser aficionado a la caza, comparto plenamente este pensamiento del ilustre filósofo inglés. Es una comparación no demasiado alejada de la imagen borgiana del libro infinito cuyas páginas pasamos eternamente sin llegar nunca al final, pero la imagen de Locke añade un factor interesante que no está en el libro infinito de Borges: el placer de la búsqueda misma.

Estoy convencido de que don Salvador disfrutó con su búsqueda infinita, eternamente enriquecida y renovada, pero búsqueda, al fin y el cabo, de un objeto insondable. Algunos que miren su empresa desde el presente pensarán tal vez que era un proyecto irrealizable. Dirán que no tenía sentido acumular decenas de miles de papeletas para caracterizar el sistema gramatical, y les parecerá que es como querer vaciar el mar en un agujero compartimentado. Otros, más críticos aún, acaso comparen su gigantesco archivo gramatical, en el que todo está presente, con la cabeza de Funes el Memorioso, aquel personaje de Borges que nunca podía olvidarse de nada, ni siquiera del más pequeño detalle. Pero

unos y otros se equivocarían. Con poco que se sepa de su carácter, de su honestidad y de su afán de perfeccionamiento y superación, enseguida se comprenderá que la obra de don Salvador no podía tener fin porque él había planteado su tarea como la empresa misma del conocimiento. El investigador siempre intuye que va entendiendo cada vez mejor el objeto que tiene delante, y presiente que, si continúa estudiándolo, si mejora su instrumental y su comprensión del sistema al que el objeto pertenece, podrá llegar a entenderlo todavía un poco mejor.

La indagación en profundidad sobre lo mas pequeño y lo más cercano es, simplemente, la investigación científica en un gran número de parcelas del saber. Esta es la búsqueda infinita. Es una indagación parecida a la de esos espeleólogos que nunca cambian de cueva y nunca dejan de descender. La satisfacción intelectual del gramático consiste en comprobar que cada vez que se examinan los mismos objetos se descubre un aspecto nuevo en lo que siempre había parecido lógico y casi rutinario, una nueva entrada a la misma cueva, un pasadizo que la conecta con otras cuevas que parecían lejanas. Su pequeño placer radica en descubrir esos pasadizos inesperados. Sabe que no le crece cada día el número de pronombres, pero sabe también que nunca llegará a entenderlos del todo. Y no le importa no llegar nunca al final porque le basta la leve intuición de haber adelantado un paso cada día.

Y esta es, simplemente, la sensación que hoy quería transmitirles. Salvador Fernández tenía la actitud curiosa e inquieta hacia la lengua que posee cualquier investigador clásico o moderno. No tenía algunos de los instrumentos actuales, como nosotros tampoco tenemos los que se descu-

brirán con los años, pero usó con talento y precisión los que conocía, y con ellos consiguió comprender, como pocos gramáticos clásicos que hayan analizado nuestra lengua, lo que los científicos de otras disciplinas tantas veces han señalado: que el mundo que tenemos que explicar es el que nos rodea, ese que no vemos porque está demasiado cerca de nosotros. Comprendió perfectamente que lo más complejo es lo más cercano, que lo apasionante y lo profundo es lo más próximo, lo que pasa inadvertido, lo común, lo que parece evidente. Al físico, al químico, al astrónomo y al biólogo les parece un misterio la naturaleza. Al gramático le parece casi un milagro que hablemos y nos entendamos. Su sorpresa y su curiosidad ante el idioma andan siempre parejas.

Salvador Fernández recorrió todo el espectro de problemas gramaticales que cabe imaginar. Desde la naturaleza del hiato en los grupos heterosilábicos hasta los matices del encarecimiento en las preguntas exclamativas; desde la morfología de los adjetivos apocopados hasta las sutiles distinciones que permite el subjuntivo en las relativas de indeterminación. Desde los sonidos más básicos hasta las inferencias discursivas más evanescentes. Solo dejó fuera la interpretación literaria. Había escrito sentidos versos, pero en su obra no entró en los valores estéticos porque le interesaba el material mismo que permite expresarlos. Amaba profundamente la literatura, pero usó los versos de Juan Ramón Jiménez para extraer de ellos adverbios cuantificativos, y los de Miguel Hernández para anotar complementos prepositivos de ubicación. Como dijo un recensor de su gramática, la lengua literaria no está presente en ella, pero decenas de escritores comparecen puntuales en sus páginas para ilustrar a cada paso lo que nunca soñaron decir. También en esto fue ejem-

plar Salvador Fernández como gramático. Ningún estudioso de la gramática, ni pasado ni presente, desechará los productos más elaborados, ni los artísticos ni los artesanales. Experimentará la misma admiración que los demás ante la prosa de Cervantes, el mismo regocijo ante el sarcasmo de Quevedo, el mismo estremecimiento ante los versos de San Juan de la Cruz. Pero además, el gramático se parece a los investigadores de la naturaleza en que comparte su mismo afán por entender la brizna de hierba más insignificante o la flor más común, esa que aparece multiplicada al borde de cualquier camino. Y después de muchos años de analizar esa minúscula flor cotidiana, empieza a comprender que en su misteriosa complejidad, escondida entre tanta sencillez, es precisamente donde radica la verdadera fuente de su belleza.

Muchas gracias.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. DON EMILIO LLEDO IÑIGO

Señores Académicos:

En la lógica griega tal vez fueron los estoicos, Crisipo por ejemplo, quienes habrían de influir, tanto como Aristóteles, en el desarrollo de la lógica moderna. Entre sus aportaciones se encuentran los análisis de lo que, después, constituirá una parte esencial de esta lógica: Las "conectivas" formulaban ya planteamientos semánticos que abrían camino *(méthodos)* a una teoría del significado. Junto a las perspectivas de estas nuevas formulaciones sobre el lenguaje aparecería también otra novedad: el término *Lektón* que suponía ya una semántica descendida de los cielos de las abstracciones y que llegaría, paso a paso, hasta la *pragmática* moderna. Los *Lektá* tenían que ver, sobre todo, con sujetos concretos, con los contextos determinados y los actos de habla que iban a sustanciar la semántica de la competencia lingüística y, en definitiva, del lenguaje.

Entre las aportaciones fundamentales de la lógica y la gramática estoica destaca la intuición de que, en el tejido proposicional, las negaciones deben ocupar un espacio distinto del que la lógica aristotélica le había asignado. La teoría de la contradicción y todo el complejo universo de la negatividad alcanzaba mayor precisión y empezaba a desplegarse en un horizonte semántico más amplio.

Pues bien, ante la sugerencia de la Academia yo debería haberme negado a pronunciar estas palabras de recepción a nuestro admirado colega Ignacio Bosque. Pero se ve que no he sabido situar la negación en el lugar adecuado o, tal vez, a pesar de que no me dedico expresamente a la lingüística o a la gramática, ha sido débil mi resistencia, al verme estimulado por algunos de los trabajos del profesor Bosque como, por ejemplo, su excelente monografía que lleva, precisamente, el título de "Sobre la negación".

Porque, por supuesto, hay en esta Casa gramáticos y lingüistas de extraordinaria sabiduría como para haberse hecho eco, con mayor autoridad, de la obra y la persona del joven investigador que hoy acogemos entre nosotros. Pero, repito, una negativa no suficientemente contextualizada, ha sido, en parte, causa de que tenga hoy que cumplir tan, en el fondo, comprometida como alegre tarea.

Alegre, porque siempre lo es colaborar en el rejuvenecimiento de la Academia que ya, últimamente, se ha enriquecido con la juventud y el talento de D. Antonio Muñoz Molina. Sólo un par de años mayor es D. Ignacio Bosque Muñoz, nacido en Hellín, no muy lejos tampoco de Mágina la patria real o literaria del otro joven académico.

Bosque cursó sus estudios de Bachillerato en Alicante y, al concluirlos, se trasladó a Madrid, en cuya Universidad Autónoma se licenció en Filología Hispánica y, en 1978, bajo la dirección y tutela de Don Fernando Lázaro Carreter, presentó su tesis doctoral sobre "La polaridad negativa en castellano" de la que es parte la monografía a la que anteriormente me he referido. Como otros muchos profesores de su generación, Ignacio Bosque ha tenido una importante experiencia en universidades extranjeras y ha sido estudiante en

la Universidad de Berkeley en California, y Ayudante de investigación en el Departamento de Español y Portugués de la misma Universidad. Desde 1982, es Catedrático de Filología Española en la Universidad Complutense de Madrid.

En el ancho campo de la filología española, Bosque ha centrado su interés en el no menos ancho y complejo dominio de la gramática, y todos sus trabajos han pretendido delimitar, con marcas originales, ese dominio, adentrándose, incluso, por la imprecisa frontera donde se entrecruzan los senderos de la filosofía y la lingüística. Señales de esa demarcación han podido percibir en el discurso que acabamos de escuchar. En él se rinde tributo y homenaje a uno de los más importantes investigadores de nuestro país. El que, al parecer, no se haya reconocido, como merece, la calidad de su obra es, una vez más, indicio de la capacidad que tiene el mercado de valores culturales para promover mercancías con indiferencia o ignorancia de su contenido.

Confieso, sin embargo, que en tiempos inevitablemente más duros como para que pudiera florecer en ellos una sociedad de consumidores y consumidos, la famosa edición de la "Gramática Española" que, en 1951, hizo la Revista de Occidente, en los talleres de Cándido Bermejo, era comentada y admirada por los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Alumnos que, entonces, no éramos estudiantes de filología románica, pero a quienes sorprendía y agradaba la hechura y contenido de ese libro, encontrábamos en él el eco que había despertado en nosotros otro libro excepcional "La teoría del lenguaje" de Karl Bühler que, traducido por Julián Marías, había sido publicado el año anterior por la misma Revista de Occidente. Algunas de las funciones que Bühler atribuye al lenguaje las veíamos aparecer

en los ejemplos con que Fernández Ramírez amenizaba el rigor y la precisión descriptiva de sus páginas.

Entreverado con la discusión sobre los pronombres sustantivos o las funciones de los indefinidos, entreleíamos a Ortega, Cernuda, Azorín, Cajal, Lorca, Galdós, Guillén o Valle Inclán. Mínimas joyas literarias que hacían placentera y jugosa la estricta teoría en la que se engastaban. Pero, al mismo tiempo, los estudiantes de Filosofía que utilizábamos este libro, nos sentíamos "apelados", "expresados", "representados", como diría Bühler, por el maravilloso mosaico de escritores que iluminaba la formidable fábrica. Un poco estragado nuestro paladar por la enseñanza de la escuela, en la que nos angustiaba el descarnado autoritarismo de las reglas, veíamos configurarse una doctrina brotando de aquellos escritores que, con pasión y casi a hurtadillas, frecuentábamos. Me sorprendía, sin embargo, la ausencia de un autor entre tantos ejemplos memorables. Por aquel entonces yo no había leído "La Regenta". Se decía que no se podía publicar; que estaba prohibida y que ni siquiera en la Biblioteca Nacional había ejemplares disponibles al público. Un botón de muestra, al menos, luciendo entre los "demostrativos neutros en la prosa analítica", por ejemplo, nos habría hecho algún guiño cómplice donde pudiéramos atisbar las razones del implacable ostracismo. Por lo visto la prohibición había alcanzado hasta las abiertas y generosas páginas de Don Salvador.

La teoría del lenguaje de Bühler, que recogía la inmediata tradición de la gran lingüística alemana del siglo XIX, se detenía, cavilosamente, ante las "Investigaciones lógicas" de Husserl. Esta obra había señalado un momento capital en el desarrollo de algunos aspectos de la lógica del lenguaje y de

los complicados vericuetos de la abstracción. Bühler pretendía, sin embargo, superar el posible corte que, en el mismo comienzo de siglo, podía significar la pasión antipsicologista del filósofo. Efectivamente, al comienzo de una de sus "Investigaciones lógicas" (*Logische Untersuchungen,* IV, II; 1, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1968[5], pág. 295), escribía Husserl algo que había llamado la atención de Bühler: "La gramática moderna cree que ha de construirse exclusivamente sobre la psicología y las demás ciencias empíricas: Frente a esto llegamos aquí al convencimiento de que la antigua idea de una gramática general, conceptual e incluso *a priori,* recibe un indudable fundamento y una concreta esfera de validez, precisamente, mediante nuestra demostración de leyes *a priori* que determinan las formas posibles de significación".

Aunque Bühler no citaba el final del texto en el que Husserl se refería a otras esferas donde fuera posible descubrir formas *a priori,* sí era consciente de que tal apriorismo radical se quebraría, años después, con los planteamientos del nuevo modelo de lenguaje presente en las "Meditaciones Cartesianas".

Una cierta forma de apriorismo era, en la "Gramática" de Fernández Ramírez, la sabrosa antología de ejemplos literarios que, entre otras cosas, daba esplendor y amenizaba su trabajo. Una lengua edificada, en sus estructuras fundamentales, con las autoridades literarias de nuestro tiempo que acrisolaban, hasta cierto punto, la fuerza de esa otra lengua hablada y viva de la que surgía la escritura.

En el fondo, más o menos conscientemente, los ejemplos literarios de la "Gramática Española" podían significar ese esfuerzo por llegar a las "cosas mismas" que Husserl practicaba. En este caso, se trataba de llegar a las "palabras

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

mismas", a su esencial funcionamiento y expresión en el molde ejemplar de la literatura.

La obra científica de Ignacio Bosque se mueve ya en otras coordenadas; pero arranca, paradigmáticamente, de la de Fernández Ramírez. Como ha escrito en su discurso es posible que se hayan acabado las gramáticas tal como la entendían hace medio siglo, pero ha surgido, en cambio, la gramática en singular. Esta singularidad consiste, por cierto, en una multiplicidad. La retícula de tensiones e intensiones que organiza la lengua ha ganado, al complicarse y afinarse las estructuras teóricas con que se aborda, en especificidad y precisión.

Para ello era necesario un aparato conceptual más ajustado que el sueño ideal hacia el que, al menos en las "Investigaciones lógicas" se proyectaba Husserl. En niveles distintos y con todas las posibles excepciones, el cambio de horizonte estaba ya representado por el desarrollo de la filosofía analítica angloamericana de la que Chomsky era una original variante lingüística. A esto había que añadir la aportación de los lógicos y teóricos de la Ciencia del Círculo de Viena.

No se podría precisar, sin llevar a cabo minuciosos estudios, qué grado de influencia ha habido entre la Filosofía de mediados de siglo y la Lingüística; pero es evidente que el llamado "giro lingüístico", en el pensamiento filosófico, ha sido, al menos, un fenómeno paralelo a las nuevas corrientes en el análisis del lenguaje. Con independencia de las modas, más o menos efímeras, o de apegos encarnizados a la tradición, el *Zeitgeist* acaba siempre por imponerse.

Un espíritu que alienta siempre donde quiere; pero que, en ese querer, impera *die List der Vernunft,* "la astucia

de la razón", que habla en la historia por medio de los individuos que la pueblan. Y un habla, por cierto, que es eco de una tradición que la fecunda. Tradición donde se enhebra toda evolución y donde alcanza su mayor vigor cuando se oculta como pasado, y aparece sólo en la intensidad con que hace originarse, de nuevo, cada presente.

Por esos guiños de la historia se me ha hecho familiar, en estos días en que he estudiado los escritos de Ignacio Bosque, el fondo que sustenta muchas de sus investigaciones. Esa complicidad ha suplido también otra importante ausencia en mis merecimientos para esta presentación. Mi conocimiento de nuestro filólogo no se ha iniciado en el trato personal, ni siquiera en el ámbito, a veces tan formal, de la convivencia universitaria, ya que hemos estado en Universidades distintas e incluso en ciudades distintas.

La primera vez que supe de Ignacio Bosque fue al leer su nombre. Un "determinado sustantivo que no me era todavía un sustantivo determinado", diría remedando el título de uno de sus brillantes trabajos. Un sustantivo que aunque fuera un nombre propio era para mí, un sustantivo sin actualizador. Sin embargo había en esta, digamos, presentación libresca, datos suficientes para convertirse, pragmáticamente, en una forma peculiar de sustantivo actualizado. Quiero decir, con suficientes indicadores semánticos para evitar el más inerte nominalismo.

En la "Introducción a la Filosofía del Lenguaje" publicada, en 1982, por tres jóvenes y brillantes lógicos españoles, Juan José Acero, Eduardo Bustos y Daniel Quesada, dos de los cuales habían sido alumnos de la Universidad de Barcelona en los años en que yo fui profesor de esa Universidad, aparecía el nombre de Ignacio Bosque. Allí, junto a Putnam,

Chomsky, Moulines o Quine se citaba su libro "Sobre la negación", en relación con los problemas de los universales lingüísticos. No es extraño, pues, que por esa misma afinidad de intereses, en la edición que hace Bosque de trabajos "Sobre tiempo y aspecto verbal" (1990) se publicase un largo artículo del mismo Juan José Acero, hoy catedrático de lógica de la Universidad de Granada, con el título, "Las ideas de Reichenbach acerca del tiempo verbal".

Reichenbach, catedrático de Berlín, antes de emigrar a USA, en estrecho contacto con el Círculo de Viena, presenta en sus "Elementos de lógica simbólica" (1947), una versión, aplicada al verbo, del "principio del contexto" de Frege, según el cual, "no se debe preguntar por el significado de una palabra aislada, sino en el contexto de una proposición". Aunque en el trabajo de Bosque "Sobre el aspecto en los adjetivos y en los participios", que enriquece el volumen mencionado, no se trata de ejemplificar el "empirismo probabilístico" de Reichenbach y su teoría de la temporalidad, sí brota de este importante estudio una doctrina que, entre otras cosas, me planteaba una de las grandes aportaciones de nuestra lengua, no suficientemente analizada: la oposición entre *ser - estar*. No voy ahora ni siquiera a enunciar el problema que, al menos en Filosofía, debería enriquecer la ontología establecida por las lenguas europeas de mayor tradición filosófica que la nuestra, y que carecen, por cierto, de tan sustanciosa oposición. Pero en el análisis del aspecto "adjetival" que en este trabajo se realiza, así como en la investigación "Sobre las diferencias entre los adjetivos relacionales y los calificativos" (1993) había algo que me conducía al otro lado de las puras relaciones gramaticales. Efectivamente, hay "calificaciones" adjetivales que "esconden" una

cierta forma oracional. El mencionado "contexto" de Frege o la temporalidad de Reichenbach, por referirme sólo al ámbito lógico-filosófico, convertían la retícula lingüística en un suelo generativo, no sólo de estructuras sintácticas, sino de lo que sigue siendo la dificultad mayor de la investigación: la semántica, la teoría del significado.

Es curioso que en el famoso escrito "Sobre la interpretación", y antes de definirnos el nombre como "un sonido significativo sin tiempo" y el verbo como "un sonido significativo con tiempo", Aristóteles comienza con una afirmación sorprendente que, en mi opinión, alienta ya esas nuevas perspectivas en las que el suelo de la lengua deja crecer algo más que meras estructuras formales. El "De Interpretatione" se abre diciéndonos que los sonidos y la escritura son símbolos *(symbola)* de las "pasiones" o "afecciones" *(pathémata)* que hay en el alma (16a 3-4). Sin entrar en la lectura que la gramatología, más o menos deconstructivista, ha hecho de la tesis aristotélica, el término *pasiones* o *afecciones* proyectaba la teoría del lenguaje, no tanto hacia la psicología, sino hacia el contexto y la pragmática universal que expresa la vida. El riguroso instrumental teórico de la lingüística contemporánea tendrá que adentrarse en el reconocimiento de ese subsuelo del que nace el dinamismo real de toda lengua.

En el penetrante estudio que Ignacio Bosque lleva a cabo sobre las diferencias entre formas adjetivales, en el trabajo anteriormente mencionado, se concluye afirmando que no se intenta ofrecer un análisis formal sino sugerir una línea de investigación. Línea en la que "no es que se trate de un terreno apenas explorado en la sintaxis romance, sino más bien el que se trate de un terreno cuya misma existencia no se suele reconocer".

Una serie de trabajos ha dedicado Bosque a estudiar las formas gramaticales que, como adjetivos, prestan al lenguaje ese colorido "apasionado", si me permiten el término, en donde la realidad de posibles entes sustantivos, aparece, en principio, modificada por lo que decimos de ellos. Esto nos vuelve hacia esa singularidad de la gramática que empieza a descubrir, en los imprescindibles esquemas, formales y cagoriales con que la organizamos, el fundamento de una estructura profunda que no descansa sólo en la capacidad de generar formalizaciones.

Parece que es Wilhelm von Humboldt quien, fiel al espíritu del romanticismo alemán, nos enseñó a ver, en el lenguaje, una mano que señalaba el mundo y, al señalarlo y decirlo, lo conformaba. Esa expresión de lo real, manifestada en la literatura y, por supuesto, en el habla misma, ha llevado a tal extremo esa conformación que estamos necesitando un metalenguaje más para señalar ese otro mundo lingüístico. Y ese metalenguaje nos sorprende, cada día, con un universo de perspectivas en las que ha empezado a configurarse no sólo el mundo sino la forma concreta y hasta individual con la que lo hemos ido marcando. Esa sea, tal vez, una de las razones por las que en el fondo de cada lengua, encontramos no sólo el mundo de objetos señalados sino el de sujetos señalantes. La moderna teoría de la recepción no debe ser, únicamente, la manera de asumir la tradición y de interpretar sus varios lenguajes, sino de formar receptores que sepan, efectivamente, recibir, que sepan mirar.

Al lado de una abundante y rigurosa obra científica, con trabajos sobre morfosintaxis, sobre la interrogación y las oraciones exclamativas, sobre anáforas distributivas o categorías vacías etc., hay también en Bosque una preocupación

pedagógica. Se trata, pues, de educar receptores, de enseñar a mirar el lenguaje. Ejemplares, en este sentido, son sus "Problemas de morfosintaxis", o sus "Ejercicios de autocomprobación" en sintaxis tradicional, pensados para estudiantes universitarios.

No puedo entrar ahora a referir, en detalle, algunas ideas que sostiene las líneas de las investigaciones gramaticales de nuestro nuevo académico. Pero sí quiero comentar brevemente algo que aparece en su libro "Las categorías gramaticales" (1991).

La palabra "categoría" tiene desde Aristóteles hasta Stegmüller y Ryle, pasando por Kant y todo el idealismo alemán, una tradición llena de importantes propuestas que han hecho progresar nuestra manera de clasificar el mundo, hablar de él, e intentar entender los sucesos mentales. El mismo Bosque, al referirse a los criterios semánticos de las clasificaciones categoriales, alude a la teoría aristotélica de los "modos de predicación". Las categorías de Aristóteles fueron la primera estructuración intelectual que marcaba las diferencias, entre las distintas funciones predicativas de individuos y sus acciones o situaciones, de las otras funciones más generales de los predicables. Estas categorizaciones hicieron, por así decirlo, una primera lectura del mundo y estructuraron, dentro de la lengua, un sistema de referencias e implicaciones.

Pero en el libro cuarto de la "Metafísica" se afirma que "el *ser* se dice de *muchas maneras*" (1003b 5-10). Entre ellas, Aristóteles distingue que algo es *ser* "porque es una sustancia, o porque es una afección o pasión de la sustancia, o porque va camino *(hodos)* de la sustancia, o es su destrucción, privación, su cualidad... o bien su negación". Siempre me ha

llamado la atención ese *"camino hacia la sustancia"* que deja abierto un espacio de ambigüedad donde parece contradecirse la férrea estructura categorial en la que se inserta. Ese camino hacia la sustancia podía expresar el inmenso territorio por el que circula la predicación y nuestra manera de consolidar las formas ideales que intentan determinarlo. Un camino que se hace, una vez más, al andar. Esa andadura difícilmente podía precisarse a priori, sin correr el peligro de inventar nuevos "dii ex machina": "el genio de la lengua", "la expresión natural del pensamiento" etc. Protegidos por tales *topica,* "pocos de los viejos maestros, escribe Bosque, tenían como objetivo descubrir el funcionamiento del sistema".

Los sistemas sin preocupación por el funcionamiento y sin investigar las posibles contradicciones de sus elementos, olvidan un componente esencial de su mecanismo: la revisión de la teoría de la sustancia. Las partes de la oración, a pesar de la quiebra que para ellas representó la Gramática de Port-Royal, todavía conservan la marca aristotélica, desde el gran filólogo Aristarco de Samotracia. "En la actualidad hay acuerdo general en el hecho de que las distinciones tradicionales derivadas de la oposición aristotélica entre sustancia y accidentes no nos ayudaría demasiado en la determinación de las clases sintácticas de palabras. Los sustantivos designan objetos físicos, como *casa,* pero también procesos como *envejecimiento;* estados, como *inocencia;* o acciones como *destrucción*. Casi la misma variedad de denotaciones puede encontrarse en otras categorías mayores" (*Las categorías gramaticales,* pág. 36).

Todo esto es un mínimo ejemplo de otras muchas perspectivas que la gramática de nuestros días ha dibujado en esa "segunda navegación", en el mar del lenguaje, en la que también está embarcado, con lucidez y arrojo, nuestro

reciente compañero. En esta travesía se atreve a insistir en el problema de la tradición y el progreso científico. Su generosidad le ha permitido escudarse en la gran obra de Fernández Ramírez para, desde ella, insinuar que la idea de superación en la ciencia es algo absolutamente erróneo, si se olvida que nada puede ir más allá de algo si no ha puesto pie en el camino andado y trazado por los que nos precedieron. "Las teorías científicas, escribe, no están destinadas tanto a superar los análisis anteriores cuanto a servirse de ellos como puntos de partida, a hacer más explícitos sus resultados y a mejorarlos".

Precisamente porque "el peso que la tradición gramatical tiene en España es muy superior al que posee en otros paises", este peso no es, en ningún momento, un lastre sino una gloria que ha permitido establecer y conformar un firme lazo que une a muchos pueblos que manejan esas normas y que, sobre todo, hablan esa lengua. Por cierto, y ya que hablamos de gramática, no creo que ante un mundo como el que vivimos, lleno, por desgracia, de terrores reales, sea "la ortografía el terror del ser humano desde la cuna". Seguro que es irónica semejante tesis proclamada hace algunas semanas por un famoso escritor. Ojalá que todos los terrores que podamos padecer fueran como el de esa dulce, familiar, tierna y divertida tiranía.

Quisiera que me permitan evocar aquí, en homenaje y recuerdo de José María Valverde, unos versos suyos publicados hace años bajo el título de "El profesor de español" y que han venido a mi memoria en estos días:

> "Entre la niebla o la nieve, entre el gris del tráfago
> de algún país industrioso, en medio de lo extraño,
> el español que vive de andar enseñando

su modesto lenguaje, hecho pan como por milagro,
se vuelve a mirar lo suyo, remoto y vago,
de los sus ojos tan fuertemente llorando.
Nada llega de allá, del horizonte que ha dejado,
apenas un guitarreo, un son mejicano
algún dicho –*mañana*– casi con voz de payaso.
Allá lejos, su lengua, ¿se habrá apagado?
Los doscientos millones de pobres, ¿ya se callaron?.

¡"Hecho pan como por milagro"! Parece mentira que su esponjosa y sabrosa miga no se haya enmohecido y deshecho. Un pan lleno "de vida y esperanza", que quién sabe si todavía se puede, felizmente, repartir, gracias a la dura y consistente corteza de su gramática, nacida de esa misma masa donde laten las "pasiones" del alma, y donde se expresan las experiencias de la mente en su larga aventura por entender y asimilar el mundo.

Para este apasionante quehacer la Academia se congratula de haber ganado tan cualificado y excepcional compañero. Quien ha expuesto con tanta claridad los problemas de la "definición lexicográfica", seguro que también nos ayudará con su sabiduría en nuestras presentes y futuras empresas.

Esta obra se terminó de imprimir
en los Talleres de Gráficas AGUIRRE CAMPANO, S. L.
en jueves día 29 de mayo de 1997
Festividad del Corpus Christi